Administracion lírico-dramática

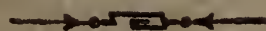
HONOR SIN HONRA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA

Representado por primera vez en el teatro de Apolo el dia 3 de Febrero de 1879





MADRID
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1879

HONOR SIN HONRA

HONOR
SIN HONRA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA

Representado por primera vez
en el teatro de Apolo el dia 3 de Febrero de 1879





MADRID
Tipografía de G. Estrada
Dr. Fourquet, 7
1879

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA DOLORES.	SRA. MARIN.
LA MARQUESA DE VIVAR. .	STA. CONTRERAS.
FERNANDO.	SR. VICO (A.).
EL CONDE DE VALLE FRIO.	SR. VICO (M.).
EL MARQUÉS VIUDO.. . . .	SR. ALTARRIBA.
JUAN.	SR. SANCHEZ DE LEON.
DON LEON..	SR. ALISEDO.
EL DUQUE..	SR. LUNA.
EL VIZCONDE.	SR. OLIVA.
TOMÁS.	SR. GONZALEZ.
EDUARDO.	SR. FLEURIOT.
PEDRO.	SR. SERRANO.
UN CRIADO DEL MARQUÉS.	N. N.

La accion en Madrid y en nuestros dias.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON GUILLERMO MARTORELL

JEFE SUPERIOR DE ADMINISTRACION CIVIL, ETC., ETC.

Queridísimo Guillermo:

Ruego á V. que acepte la dedicatoria de esta obra, como leve prueba del fraternal cariño que le profesa su mejor amigo

AGUSTIN FERNANDO.

AL EMINENTE ACTOR

DON ANTONIO VICO

Mi queridísimo amigo: Faltaria á un deber de justicia si no diera á V. público y solemne testimonio de gratitud por la manera magistral como ha interpretado el papel de protagonista de esta obra.

Á V., perfecta y cumplidamente secundado por sus dignísimos compañeros, se debe el éxito alcanzado, y á todos da las más afectuosas y expresivas gracias

EL AUTOR.

ACTO PRIMERO

El estudio de un pintor: en primer término, sobre un caballete, el boceto de una mujer que debe representar á la que hace la dama jóven. Puerta al foro y tres laterales, una á la izquierda y dos á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA DOLORES Y DON LEON.

DOLORES. El recuerdo de aquel dia
siempre está latente y fijo,
y siempre sus juramentos
resuenan en mis oidos.
Hoy hace años...

LEON. ¡Dolores!

DOLORES. Sí; hoy hace veinticinco:
tú ausente, muerta la madre,
yo huérfana y sola, vino
á robarme honor y calma
con sus amores mentidos.

LEON. ¡Calla!

DOLORES. (Evocando recuerdos.)
La noche era horrible!
gemía el cierzo en los vidrios
de mi ventana, y un hombre
llegó demandando asilo.
¿Cómo negarlo? la nieve
interceptaba el camino,
la oscuridad era densa
y era insoportable el frio.

A más, yo no estaba sola;
cedí á los ruegos, abrimos
la puerta, y entró en la casa
para mi eterno martirio.
Marchóse al rayar el dia;
volvió otras veces... nos vimos,
y fingió que me adoraba,
y yo le amé con delirio,
de aquel amor en los brazos
dándolo todo al olvido.
Al fin le dije una tarde:
soy madre; y él al oirlo,
estrechóme entre sus brazos
y despues quedó sombrío.
Le reclamé su promesa,
juró cumplir lo ofrecido
y marchóse, y desde entónces...
¡desde entónces, no le he visto!
¡Y aquella quinta elevada
á las orillas del rio,
aquella, solaz y encanto
de nuestros años de niños,
fué de mi triste abandono
y de mi oprobio testigo!

LEON. ¡Infame! ¡en vano he buscado...

DOLORES. Para aumentar su delito
fingió un nombre...

LEON. ¡Miserable!

DOLORES. ¡Y despues de haber sufrido
tanto, nuevas amarguras
se ciernen sobre mi hijo!

LEON. ¡Bah! Por eso no te apures;
Fernando no es ningun niño,
y de amor nadie se muere.
Aquí lo grave, lo crítico,
es que todo lo abandona...
Y pues... con el sueldo mio
no se realizan milagros:
¡si yo fuera un hombre rico..!
mas con doce mil reales
y el descuento consabido..!

DOLORES. Bien, hombre, bien.
LEON. Mira, hermana,
es necesario, es preciso,
que trabajen los pinceles,
y si no estamos perdidos.
Ame cuanto le dé gana:
eso no puedes prohibirlo;
pero que pinte y que gane...
verás como se lo digo...
DOLORES. No: tú no le dirás nada.
LEON. Pero... es que...
DOLORES. Yo te lo exijo.
LEON. Siempre el amor de las madres
es ciego é irreflexivo.
¡A no ser que te imagines
que obro así por egoismo?
DOLORES. No, Leon... yo te agradezco
los enormes sacrificios...
LEON. Mira, volvamos la hoja,
que eso es poco divertido,
y déjame á mí, que solo
me compondré con tu hijo.
Él empieza su carrera
bajo brillantes auspicios;
para hallar honra y provecho
tiene trazado el camino,
y su conducta presente,
más que abandono, es delito.
Prescindo de tus apuros,
de tu pobreza prescindo,
y solamente en su gloria
y en su porvenir me fijo.
DOLORES. Sufre tanto, que...
LEON. El trabajo
presta á las penas alivio.
Además ¡qué sufrimientos...
Señor! ¡Unos amoríos
estravagantes y locos!
DOLORES. Tienes razon: ¡tú lo has dicho!
LEON. Mujer, yo no he dicho nada.
Ya me teneis aburrido

los dos con esos semblantes
tan tétricos y sombríos.
¿Qué hay aquí, que yo no entiendo?
¿Quién es la que le ha sorbido
el seso? Voy á buscarla,
y los caso, y al avío.

DOLORES. ¡Casarles! ¡Es imposible!

LEON. ¡Imposible!... ¡no adivino!...
¿Pero quién es?

DOLORES. (Señalando al retrato.) ¡Esa!

LEON. ¿Esa?
Pues como esté parecido,
le alabo el gusto... Es muy guapa:
Mas este es el retratito
que está haciendo y deshaciendo
hace seis meses cumplidos.
Pero mujer, ¿por qué lloras?
¡Voy á perder el juicio!...

DOLORES. Leon, Fernando la idolatra
y les separa un abismo.

LEON. ¿Por qué?

DOLORES. ¿Por qué... me preguntas?

LEON. ¡Ah!

DOLORES. ¿Comprendes mi suplicio?

LEON. ¡Qué demonio! Otros se casan
sin...

DOLORES. Pues el pobre hijo mio
no logrará lo que ansía.

LEON. ¿Por qué?

DOLORES. Porque ha dirigido
muy alto sus pensamientos.

LEON. ¿Pero sacaré yo en limpio
quién es?... Con llorar, Dolores...

DOLORES. ¡Chist! calla: oigo ruido...
Es él, me voy: que no vea
mis ojos enrojecidos.

(Váse foro izquierda.)

ESCENA II.

FERNANDO *por el foro*: DON LEON.

FERNANDO. Buenos dias.
LEON. Buenos dias.
¡Qué madrugador andamos!
Esta mañana á las siete
entró tu madre en tu cuarto,
y ya no estabas. ¿Meditas
el asunto de algun cuadro,
y pides al sol naciente...
inspiracion?
FERNANDO. Sí. (Con aire distraido.)
LEON. ¡Canario!
La verdad es que hace falta
reänudar el trabajo.
Un artista que principia
del modo que has principiado,
no se duerme en sus laureles
si es que pretende ser algo;
y de algun tiempo á esta parte
no haces más que ese retrato.
FERNANDO. ¡Ah!
LEON. Que áun cuando vale mucho,
no es trabajar demasiado.
FERNANDO. Tiene V. razon sobrada.
LEON. ¡Pues no he de tenerla!... vamos...!
á recoger los pinceles
que viven abandonados,
y á buscar nuevas coronas.
Siempre los primeros pasos
cuestan mucho, lo conozco,
pero tú ya los has dado,
y á tus ojos el camino
se muestra expedito y llano.
No hay que pensar en tontunas;
no te devanes los cascos
más que por lo conveniente,
y si pretendes muy alto

llegar, piensa que tan sólo
puede elevarte el trabajo.
Además, en esta casa,
con lo poco que yo gano...
y luégo tu pobre madre,
viéndote tan cabizbajo,
se teme que estés enfermo
ó que estés enamorado.

FERNANDO. ¡Yo!... (Con fingida sorpresa.)

LEON. Ya sé que ve visiones;
pero lo cierto del caso
es que cualquiera diria
viéndote, pues, tan cambiado,
que sufres mucho... y la pobre,
como que te quiere tanto...
Pero... las doce y minutos,
y yo charlando, y charlando.
Vaya, voy á la oficina,
que hoy tenemos para rato;
y tú á coger los pinceles,
á trabajar sin descanso
por tu gloria, y por tu madre.
(Es cierto: ¡Pobre muchacho!
Ama, y ama un imposible!...
¡Dios nos tenga de su mano!)

ESCENA III.

FERNANDO *y* JUAN *por el foro.*

FERNANDO. Tiene sobrada razon.
Yo ya de nada me cuido;
todo lo dejo y olvido
por esta loca pasion.

(Se queda contemplando el boceto con aire de tristeza.)

JUAN. ¡Eh! chico, ¿en qué estás pensando?

FERNANDO. ¡Juan!

JUAN. ¿En lo de siempre?

FERNANDO. (Con amargura.) Sí.

JUAN. Tengo lástima de tí,

porque tú te estás matando.
Paras en loco, de fijo,
y áun esto será muy poco,
si ántes de llegar á loco,
no llegas á ser mal hijo.

FERNANDO. ¡Juan!

JUAN. Esto ya es demasiado,
con que así...

FERNANDO. Déjame hacer.

JUAN. Es que por esa mujer
á tu madre has olvidado.

FERNANDO. ¡A mi madre!... No.

JUAN. Sí tal:
con tu pasion desgraciada
há seis meses no haces nada,
y no ganas un real.

FERNANDO. ¡Tienes sobrada razon!

JUAN. Si arguyo, por algo arguyo:
responde: ¿qué cuadro tuyo
figura en la Exposicion?
¿Qué haces un mes, y otro mes?
Nada: pasar malos ratos
diseñando esos retratos
para romperlos despues;
ir por la tarde al Retiro
á ver á tu niña en coche,
y luégo pasar la noche
entre suspiro y suspiro;
ó bien en una reunion,
en vez de hacer por hablarla,
contemplarla, y comtemplarla,
con aire bobalicon.
Así no puedes seguir.
Hay que pintar, ¡qué demonio
No tienes más patrimonio,
ni tienes más porvenir.

FERNANDO. ¡Si tu corazon amara!...

JUAN. No ha de ser tuya jamás.

FERNANDO. Por eso la quiero más.

JUAN. Vaya una lógica rara.
Chico, busca otros amores,

y esa mujer da al olvido:
las marquesas no han nacido
para moler los colores.

FERNANDO. Ya sé que tan loco amor,
que tan ciego frenesí
sólo guarda para mí
llanto, vergüenza y dolor;
pero aunque olvidarla quiero,
nunca lo puedo alcanzar:
¡ella me ha enseñado á amar;
ella es mi amor primero!
Pero este amor no pretende
elevarse hasta su altura:
ya sé que es una locura
que la afrenta, que la ofende,
y no pienso alzar el vuelo
y á los cielos remontarme:
¡yo nací para arrastrarme
como un reptil por el suelo!
Hay que callar y sufrir,
viviendo desesperado,
y sin poder ser amado,
loco de amores morir.
¡Espantosa situacion!
¡Ay! ¡Juan! ¡Morirme quisiera!

JUAN. ¿Y de tu madre, qué fuera?

FERNANDO. ¡Madre de mi corazon!

JUAN. ¡Eh! vamos... hay que cambiar
de vida.

FERNANDO. Sí, sí, lo haré.

JUAN. ¡Valor!...

FERNANDO. Y... trabajaré:
Es preciso trabajar.

JUAN. ¡Un pintor de tu valía!
¡Un hombre de tu talento!...

FERNANDO. Debo ganar el sustento
de la pobre madre mia.

JUAN. ¿Con que estás resuelto?

FERNANDO. Sí.

JUAN. Pues bien; para comenzar
dignamente, hay que rasgar

ese lienzo que está ahí.

FERNANDO. ¿Su retrato?

JUAN. Es tu mayor enemigo.

FERNANDO. Juan, ¡detente!
Deja que en la lid me aliente
esa reliquia de amor.

JUAN. ¿Que te aliente? ¡Voto á san!
¡Cuando por él has llegado!...
no paga ni con quemado,
si es fuerza que muera.
(Va á romper el cuadro y Fernando le detiene

FERNANDO. ¡Juan!

ESCENA IV.

DICHOS: UN CRIADO.

CRIADO. ¡Señorito! Unos señores
quieren ver á V.

JUAN. ¡Canario!
Permita el cielo que vengan
á encargar algunos cuadros.
Dí que pasen al momento.
(Vase el criado).
Oye, chico, pide caro:
no prostituyas el arte.

ESCENA V.

DICHOS: ANA, EL MARQUÉS Y EL CONDE.

Aparecen primero Ana, luégo el Conde y despues el Marqués: sólo los dos primeros ven el boceto.

FERNANDO. (¡Cielos!)

JUAN. (¡Ella!)

ANA. (¡Mi retrato!)

CONDE. (¡Esa pintura! ¿Qué es esto?)

JUAN. (Pues señor, malo, muy malo.)
(Volviendo el cuadro en el caballete.)

MARQUÉS. ¿Don Fernando de Cifuentes?

FERNANDO. Servidor.
CONDE. (Está temblando
y ellatambien... ¿Qué sucede?
es preciso averiguarlo.)
JUAN. (Ten serenidad y aplomo,
porque te están observando.)
MARQUÉS. Señor Cifuentes, venimos
á hacer á V. un encargo.
El retrato de mi hija.
FERNANDO. (¡Gran Dios!)
MARQUÉS. Hemos visto varios
hechos por usted, que gozan
justa fama... y deseamos
que si usted puede...
JUAN. (Renuncia.)
FERNANDO. Yo, señores, nada valgo...
(Vacila en aceptar, pero la mirada de Ana le decide.)
Mas ya que esta señorita
me concede honor tan alto,
procuraré complacerla
y hacer cuanto esté en mi mano.
ANA. Muchas gracias.
(Con mal disimulada alegría.)
CONDE. (No comprendo.)
JUAN. (Esto se va complicando.)
MARQUÉS. ¿Podrá usted venir á casa?
FERNANDO. Sí señor. (Con precipitacion.)
MARQUÉS. ¿Y le esperamos?
FERNANDO. Por la mañana, si gustan.
MARQUÉS. Muy bien.
CONDE. (Con ironía.) ¿Hay poco trabajo?
FERNANDO. Sí señor; pero aunque hubiera
con exceso...
CONDE. Siempre es grato
retratar á una hermosura:
¿no es exacto?
FERNANDO. (Notando la ironía del conde.)
Muy exacto.
CONDE. ¡Es muy bonito el estudio!
Tiene usted muy lindos cuadros.

MARQUÉS. Cifuentes, el señor conde
es un buen aficionado...

FERNANDO. Lo celebro.

CONDE. Muchas gracias.

ANA. (Con cierto sobresalto al notar el giro que va tomando la conversacion.)
Papá... tal vez estorbamos...

FERNANDO. ¡Estorbar!...

JUAN. ¡Chist!

CONDE. Un momento.
¿Hay algun lienzo acabado
que esté de venta?

FERNANDO. Ninguno.

CONDE. Lo lamento... (Con ironía é intencion.)
Y ese cuadro
es algun paisaje?
(Señalando al boceto.)

ANA. ¡Cielos!

FERNANDO. ¡Dios mio!

JUAN. ¡Ola! Ya caigo.
(Se coloca detras del cuadro y disimuladamente emborrona el rostro para que desaparezca el parecido.)

CONDE. ¿Permite V. que le vea?
¿Es posible examinarlo?
Vaya, aproxímense ustedes.
¿Y es copia, ó está tomado
del natural?

FERNANDO. (Con temor.) Es capricho,
pero... (Queriendo evitar que lo vean.)

MARQUÉS. Veamos, veamos,

JUAN. Señores, la obra es mia.

CONDE. ¿De usted?

JUAN. Sí, mia: es un cuadro
con el que me ha sucedido
hace un momento un fracaso:
he perdido en un minuto
cerca de un mes de trabajo.

MARQUÉS. ¿Cómo así?

JUAN. Vean ustedes.
(Mostrando el cuadro.)

ANA. } ¡Oh!
CONDE. }
MARQUÉS. ¡Lástima!
FERNANDO. (¡Me he salvado!)
CONDE. ¡Es un percance sensible.
y además extraordinario!
JUAN. No tanto como parece:
¡se dan casos, se dan casos!
CONDE. ¡Lo toma usted con paciencia!
JUAN. ¿Con irritarme qué alcanzo?
Empezaremos de nuevo,
y lo pasado, pasado.
MARQUÉS. Bien por la filosofía.
JUAN. En el arte, es necesario
tenerla.
MARQUÉS. Ya lo comprendo.
Con que á las doce aguardamos.
FERNANDO. Bien.
MARQUÉS. Ahí va mi tarjeta.
Adios.
FERNANDO. Beso á V. la mano.
ANA. (¡Gracias, Dios mio, me quiere!)
FERNANDO. (Sí; ¡me ama, cielo santo!)
CONDE. (Oh, qué estúpida sospecha...
Imposible... Sin embargo...)
(Vánse Ana, el Marqués y el Conde.)
JUAN. (¡Ay! ¡ay! ¡qué cola tan larga
va á tener este retrato!)

ESCENA VI.

FERNANDO *y* JUAN.

JUAN. Ya es distinta mi opinion:
¡las mujeres! ¡las mujeres!
Amala si así lo quieres,
pero con moderacion.
Nada de perder el seso:
no procedas de tal modo:
en el amor, como en todo,
es peligroso el exceso.

Así, pues...
(Notando que Fernando no le escucha.
pero el sermon
con que te regalo amable,
debe ser insoportable
á juzgar por tu atencion.
Fernando, ve que la pena
te va la vida gastando:
¿por qué sufres hoy, estando
como estás de enhorabuena!

FERNANDO. ¡De enhorabuena! (Con amargura.

JUAN. Sí tal.

FERNANDO. Yo buenas horas no tengo.

JUAN. Hoy sí, pero te prevengo
que aquí vislumbro un rival.

FERNANDO. ¿Un rival? (Con fuego.)

JUAN Aquel señor
tan serio y tan espetado.

FERNANDO. ¡¡El...!!

JUAN. Bah... temores á un lado,
que tú eres vencedor.

FERNANDO. Si yo no quiero vencer.

JUAN. Pues haces una locura.

FERNANDO. Juan, es hoy mi desventura
mucho más grande que ayer!

JUAN. No adivino la razon.

FERNANDO. ¡A tanto mi duelo alcanza,
que vislumbrar la esperanza
es mi desesperacion!
He visto en sus negros ojos
un inmenso amor lucir;
amor que habrá de morir
entre vergüenza y enojos.
¡Cuando descubra el borron
que está en mi frente extendido,
y sepa que es mi apellido
farsa que oculta un baldon...!
¡Para mí no habrá jamás
ni ventura, ni consuelo,
que cuanto más miro al cielo
me hundo en el infierno más!

JUAN. Es una exageracion:
todo el amor lo atropella,
y...

FERNANDO. ¿Ya olvidas quién es ella,
y cuál es mi condicion?

JUAN. ¿Y eso qué?

FERNANDO. ¡Pobre de mí!
El gigante amor que siento
será mi eterno tormento.

JUAN. Pues, chico, pensando así,
lo mejor es evitar
el verla y... el...

FERNANDO. ¡Imposible!
(Con creciente energía.)
Una fuerza irresistible
me domina á mi pesar.
Quiero verme en su mirada;
aspirar su suave aliento,
escuchar su blando acento
con el alma enajenada.
Sí: quiero, loco de amor,
hablarla, estar á su lado,
y vivir desesperado
entre el placer y el dolor.

JUAN. ¿Con que estás resuelto á ir?

FERNANDO. Lo estoy.

JUAN. ¿Y á no decir nada
de tu pasion desgraciada?

FERNANDO. Sí.

JUAN. Prometer no es cumplir.

FERNANDO. Nunca, nunca lo sabrá...

JUAN. ¿Mejor que lo sabe ahora?
Haz su retrato en buen hora,
que lo escrito, escrito está.

FERNANDO. Soy de tu misma opinion,
y por eso me decido;
¡para sufrir he nacido
y cumpliré mi mision!

JUAN. ¡Eh! no vuelvas á empezar,
porque logras aburrirme...
(Suena un reloj.)

La una ya; voy á vestirme
é iremos á pasear.
Es necesario vencer
tu abatimiento profundo;
hay que tomar este mundo
como Dios lo quiso hacer.
¡A vestirse, perezoso!
¿Qué te aflige? ¿Qué te aterra?
¡O no hay justicia en la tierra,
ó tienes que ser dichoso!

(Váse.)

ESCENA VII.

FERNANDO.

¡Dichoso el desheredado,
el mísero, condenado
á padecer y á llorar;
el sér que no puede amar,
y no puede ser amado!
¿En qué, Señor, delinquí
para castigarme así!
Por qué en hora maldecida
quisiste darme la vida,
si para llorar nací!
Al que nace en el dolor,
¿por qué le das pensamiento!
¿por qué, con tanto rigor,
añades á su tormento
ese tormento mayor!
Si mi destino es estar
en el fango sumergido
sin poderme remontar,
¿por qué haberme concedido
las alas para volar?
¿Por qué te apartas de mí?
¿por qué me olvidas así,
si te invoco y soy un hombre?
¿Es preciso tener nombre
para suplicarte á tí?
¡Calla, calla, lengua impía,

que en tu insensata porfía,
maldiciendo y blasfemando,
estás á Dios insultando
(Aparece D.ª Dolore
y á la pobre madre mia!
¡Huiré léjos!... ¡Ay de mí!
¿Qué voy á lograr así
si el alma que tengo es suya!
¿Qué importa que el cuerpo huya
quedándose el alma aquí!

ESCENA VIII.

D.ª Dolores *y* Fernando.

Dolores. ¡Desgraciado!
Fernando. ¡Madre mia!
¿Escuchaste? (Con temor.)
Dolores. ¡Desgraciado!
El alma me ha lacerado
el grito de tu agonía.
¡Cuánto sufres! ¡ay de tí!
Fernando. Yo sufrir... ¡qué desvarío!
Dolores. ¡Cuántas veces, hijo mio
te avergonzarás de mí!
Fernando. ¡Yo! ¡Por piedad, ten la lengua!
¡Avergonzarme!... ¡jamás!!
Dolores. ¡Si para tí no soy más
que baldon, desdicha y mengua!
Fernando. ¡Madre! (Con gran dulzura.)
Dolores. Sí; ¡madre cruel,
que con rostro placentero
al darte el beso primero
te dió su oprobio con él!
Víctima de una vileza
y de un proceder impío,
te dí la vida ¡hijo mio!
entre deshonra y pobreza.
Pero ¡ay! en trance tal
todo se hundió en el olvido,
al latir de gozo henchido
un corazon maternal.

El pasado se borró
al impulso del placer,
que á la ultrajada mujer
la madre la reemplazó.
Y en mi suprema alegría
contra el pecho te estrechaba,
y tu frente acariciaba,
y lloraba, y sonreia.

FERNANDO. ¡A qué recordar!...

DOLORES. Tú en tanto
lanzabas tristes gemidos,
viéndose allí confundidos
mi sonrisa con tu llanto.
¡Retrato fiel y elocuente
de la vida terrenal!
¡Sonriendo el criminal
y llorando el inocente!

FERNANDO. ¿Tú criminal?

DOLORES. Sí; lo he sido.
Desprécieme el mundo á mí;
pero ¡despreciarte á tí!
¿qué crímen has cometido?
¡Quién, que en la justicia crea,
tu desgracia no disculpa!
¿Tienes acaso la culpa
de que yo tu madre sea?
Pues ¿por qué con saña impía,
con injusticia evidente,
arrojan sobre tu frente
el baldon que hay en la mia?

FERNANDO. No hay en tu frente baldon,
pobre mujer engañada:
para tí la gente honrada
sólo tiene compasion.

DOLORES. ¡Compasion!... error profundo
de tu pecho generoso:
¡Al fuerte y al poderoso
es al que perdona el mundo!
¡El que á mí me deshonró,
artero, vil y cobarde,
tal vez vive haciendo alarde

de que á muchas engañó!
Y sus historias se oirán
con alegres carcajadas,
y muchas gentes honradas
sus manos estrecharán;
que en los delitos de amor
el mundo siempre ha sabido
castigar al ofendido,
¡pero nunca al ofensor!

FERNANDO. ¿Por qué me distes el sér?

DOLORES. ¡Oye! al ver cuánto padeces,
he pensado algunas veces
si debí ahogarte al nacer;
¡Que el mundo, que su anatema
lanza sobre el inocente,
deja insoluble y latente
un espantoso problema!
¡Amas con locura!

FERNANDO. ¡Madre!

DOLORES. Y se oponen á tu amor
de tu madre el deshonor
y la infamia de tu padre.

FERNANDO. No es cierto.

DOLORES. ¿Por qué ocultar
lo que he llegado á saber?
¿Entre tí y esa mujer
qué otra valla se ha de alzar?

FERNANDO. ¡Ella es noble; yo pintor!...

DOLORES. Que puede con sus pinceles
añadir nuevos cuarteles
en el escudo mejor.

FERNANDO. ¡Madre, te hace delirar
ese tu cariño inmenso!

DOLORES. Pues piensa como yo pienso
la marquesa de Vivar.

FERNANDO. ¡Qué! ¿Sabes acaso?

DOLORES. Sí.
Sé que te idolatra hoy...

FERNANDO. Mas ¿cuando sepa que soy?...

DOLORES. ¡Piedad, ten piedad de mí!

FERNANDO. ¡Madre mia! (Se abrazan.)

ESCENA IX.

DICHOS *y* JUAN.

JUAN. (Desgraciados.)
Pero señores, ¿qué es esto?
DOLORES. ¡Juan!
JUAN. Pues me gusta la escena.
¿Qué sucede? ¿Qué tenemos?
¿A qué vienen esos llantos?
¿Y tú, á qué viene ese gesto?
Son ustedes unos niños...
Vaya... vamos á paseo,
que está la tarde soberbia
y hay que aprovechar el tiempo.
¿Pero aún no te has vestido?
FERNANDO. Yo no salgo.
JUAN. ¡Bueno es eso!...
¿No sales? Vaya si sales.
Y usted tambien.
DOLORES. No: yo tengo
que visitar á una enferma:
mas tú, sal; yo te lo ruego.
FERNANDO. Pero...
JUAN. No hay pero que valga:
tú me dijiste: saldremos,
y á mí, chico, no me dejas
como á la novia del cuento.
¡Ah! toma; se me olvidaba...
FERNANDO. ¿Qué me das aquí? ¿Qué es esto?
JUAN. La invitacion para el baile
de la duquesa del Cerro.
Hermosa fiesta... ya sabes...
en su quinta de recreo...
DOLORES. ¿Cuándo?
JUAN. Pasado mañana.
FERNANDO. Yo no voy.
JUAN. Vaya si iremos.
FERNANDO. No.
DOLORES. Fernando, la duquesa

nos trata con mucho aprecio,
y un desaire...

JUAN. ¡Qué es desaire!
Vaya, sal pronto.
(Empujando á Fernando hácia su cuarto).

DOLORES. Deseo
hablar contigo.

JUAN. Señora...

DOLORES. Tú eres un verdadero
amigo de mi Fernando,
y para tí no hay secretos,
Juan.

JUAN. ¿Y bien?

FERNANDO. (Desde dentro.) ¿Madre?...

DOLORES. Me llama:
¡Ya voy!... Despues hablaremos.

JUAN. Cuando usted quiera.

DOLORES. Esta noche,
ó mañana, si hoy no encuentro
ocasion... que nada sepa.
(Váse segundo término derecha.)

JUAN. Cuente V. con mi silencio.
¡Pobre madre, pobre madre!

ESCENA X.

JUAN y PEDRO.

PEDRO. ¿Don Juan?

JUAN. ¿Qué sucede, Pedro?

PEDRO. Un caballero desea
ver al señorito... Creo
que es uno de los de ántes.

JUAN. ¡De los!...

PEDRO. Sí.

JUAN. Se está vistiendo.

PEDRO. ¿Qué le digo?

JUAN. (¿Será el conde?)
¿Qué señas tiene?

PEDRO. Alto, recio...

JUAN. (Es él)... dile... que ha salido.

PEDRO. Lo malo es que creyendo...

ESCENA XI.

DICHOS *y el* CONDE, *que aparece en el umbral.*

CONDE. Ya estoy harto de antesala.
Caballero... (Saludando con sequedad.)
Caballero...
PEDRO. (No tiene mucha paciencia
¡Uf! qué cara de mal genio!)
(Váse Pedro.)
CONDE. Vengo buscando á Cifuentes.
JUAN. Ya lo sé.
CONDE. Pero celebro
hallar á usted...
JUAN. Muchas gracias.
CONDE. Sí señor, porque tenemos
que hablar...
JUAN. Si á usted le parece
que vayamos al tercero,
donde vivo...
CONDE. Seré breve.
JUAN. Pues escucho.
CONDE. Los rodeos
los detesta mi carácter;
así, por no perder tiempo,
voy al asunto.
JUAN. En buen hora.
Es lo que yo más deseo.
CONDE. ¡Usted es muy hábil!
JUAN. Gracias.
CONDE. Pero con todo y con eso,
algunas habilidades
se emplean fuera de tiempo,
y dan malos resultados.
Lo que hizo usted con el lienzo
fué demasiado tardío
y un tanto burdo.
JUAN. Lo siento
mas...
CONDE. Sin embargo, hay en todo

mucho que yo no comprendo:
usted dijo que el retrato
era obra suya, y en esto
somos de opinion distinta.
Ese cuadro no está hecho
por usted señor...

JUAN. Mendoza.

CONDE. Verdad que para mi objeto
el autor importa poco
en realidad; mas es bueno
que queden las cosas claras
y á que se esclarezcan vengo:
la pintura es de Cifuentes.

JUAN. Mas...

CONDE. ¡De Cifuentes!

FERNANDO. (Apareciendo por el segundo término derecha.)
Es cierto.

ESCENA XII.

DICHOS *y* FERNANDO.

CONDE. ¿Oyó usted?... mucho mejor:
¿y confiesa?...

FERNANDO. (Con finura y frialdad.) Sí, confieso;
no sé qué mal hay en eso;
¿mas á qué debo el honor
de esta segunda visita?

CONDE. Debiera usted sospecharlo.

FERNANDO. ¿Yo?

CONDE. Sí: para adivinarlo
muy poco se necesita.

FERNANDO. Podrá usted tener razon,
pero áun cuando lo lamento,
á mí me falta talento
para la adivinacion,
y á no hacerme la merced,
señor conde, de ayudarme
un poco...

CONDE. Voy á explicarme.

FERNANDO. Mil gracias: siéntese usted.

CONDE. Así estoy bien.

JUAN. (¡Qué grosero!)

FERNANDO. ¿Es secreto?

CONDE. No señor.

FERNANDO. Pues haga usted el favor
de comenzar, que ya espero.

CONDE. ¿Recuerda usted lo pasado
con ese retrato?

FERNANDO. Sí.

CONDE. ¿Y sabe usted que le ví
ántes de haberle manchado?

FERNANDO. No lo sabía.

CONDE. Es igual.

FERNANDO. Que lo sea... si usted gusta.
¿Y qué?

CONDE. ¿Qué?

FERNANDO. Sí.

JUAN. (Intranquilo al ver la frialdad de Fernando.)
Me disgusta
ese tono tan glacial.

CONDE. Ante todo hay que saber
¿por qué causa se pintó?

FERNANDO. ¿Por qué causa?

CONDE. ¿Lo encargó
alguno?

FERNANDO. Bien puede ser...
pero pasa de irrisorio
lo que aquí está sucediendo.
¡Esto se va pareciendo
mucho á un interrogatorio!

CONDE. Es que puedo interrogar.

FERNANDO. No le digo á usted que no.

CONDE. Yo tengo derecho...

FERNANDO. Y yo...
le tengo á no contestar.

CONDE. ¡Cómo!

FERNANDO. Sí... mas renunciando
á mi derecho por hoy,
pronto á responder estoy;
siga usted, pues, preguntando.

CONDE. ¿Quién ha mandado pintar

ese retrato?

FERNANDO. (Con ironía). Unos fieles,
que fian á mis pinceles
el adorno de un altar.
Está usted en un error
hace ya bastante rato.
Lo que usted llama retrato,
no lo es.

CONDE. ¡No...!

FERNANDO. No señor.

CONDE. No acostumbro à tolerar
ciertas burlas, caballero.

FERNANDO. Señor conde, yo no quiero
burlarme...

CONDE. Para acabar...

FERNANDO. Sí, porque tengo que hacer.

CONDE. En ese lienzo... manchado
he visto yo retratado
el rostro de una mujer
que pronto mia será.

FERNANDO. ¿De usted? (Con una energía que no puede reprimir.)

CONDE. Sí señor.

JUAN. (Prudencia).

FERNANDO. (Recobrando la calma.)
Es donosa la ocurrencia.
Con que un retrato, ¡já! ¡já! ¡já!

CONDE. ¡Caballero!

FERNANDO. ¡Es muy chistoso
el lance, por vida mia!
¡Señor conde, no sabia
que hablaba con un celoso!
¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Perdone usted...!
Nunca pude sospechar
que iba ese efecto á causar
mi Vírgen de la Merced.
¡Como llegue á descubrir
mi modelo lo pasado,
va á engreirse demasiado
y la habré de despedir!
¡Tener tanto parecido

con la futura de...!

CONDE. Siento
no poder hallar el cuento
ni feliz, ni divertido.

FERNANDO. (Con dignidad). Y yo siento prolongar
esta entrevista enojosa
en que no gana gran cosa
la que á usted se va á enlazar.
El paso que usted ha dado,
por sus celos impelido,
convenga usted en que ha sido
poco ó nada meditado.

CONDE. Yo no recibo lecciones
de nadie.

FERNANDO. Ni yo me avengo
á darlas; pero ahora, tengo
bastantes ocupaciones ..

CONDE. Es mi paciencia harto escasa.

FERNANDO. En cambio es grande la mia;
mas no sé lo que sería
á no encontrarme en mi casa.
Pero cesemos de hablar,
que más no puedo decir.

CONDE. Bien; yo sabré descubrir
lo que usted quiere ocultar.

FERNANDO. Cuando nos ciegan los celos
el razonar es en vano.

CONDE. ¡Oh! (Conteniéndose.) Bien.

FERNANDO. Beso á usted la mano.

(Váse por el segundo término derecha seguido de Juan.)

ESCENA XIII.

DOLORES, CONDE, *despues* FERNANDO *y* JUAN.

CONDE. Ah, no me equivoco.

(Doña Dolores aparece por el primer término derecha.)

DOLORES. ¡Cielos!

(Se queda como petrificada y muda de asombro en el umbral.)

CONDE. (¿Donde he visto yo esa cara?)
(Váse.)

DOLORES. ¡Él! ¡Oh! (Quiere avanzar y se desmaya.)

FERNANDO. ¡Madre! (Corriendo á soccorerla.)

JUAN. ¿Qué ha pasado?
¡Señora! (Viéndola desmayada.)

FERNANDO. ¡Se ha desmayado!
¡Llama, Juan!

JUAN. (Tirando del cordon de la campanilla.)
¡Cosa más rara!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en casa del marqués: puerta al fondo: dos laterales á la derecha y un balcon en el segundo término izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, *despues* UN CRIADO *y* DOÑA DOLORES.

MARQUÉS. ¡Qué juventud tan dichosa!
Está loca de contento.
¡Como es su primer retrato
de mujer...!
CRIADO. ¿Señor?
MARQUÉS. ¿Qué es eso?
CRIADO. Una señora enlutada,
que está en el recibimiento,
me ha dado esta carta.
(Presentándole una en una bandeja.)
MARQUÉS. Venga.
CRIADO. Espera respuesta.
MARQUÉS. Bueno. (Lee.)
Está bien: dila que pase. (Váse el criado.)
¡De la duquesa del Cerro!...
No se me alcanza... ¡Señora!
DOLORES. Señor marqués...
MARQUÉS. ¿En qué puedo
servir á usted? La duquesa,
con gran encarecimiento,
me suplica que la escuche

y á escucharla estoy dispuesto.

DOLORES. Señor marqués, muchas gracias.

MARQUÉS. Sírvase tomar asiento. (Se sientan.)
Usted dirá.

DOLORES. Mi visita
es tan extraña, que temo
no han de bastar las bondades
de usted, llegando al exceso,
á disculpar lo que raya
tal vez en atrevimiento.

MARQUÉS. ¡Señora!...

DOLORES. ¡Pero en la vida
ocurren tales sucesos...!
Acudo á usted, porque nadie
puede darme, á lo que creo,
las noticias que yo busco
mejor que usted.

MARQUÉS. Pues celebro
la ocasion que se me ofrece,
de servir al propio tiempo
á usted y á mi buena amiga
la duquesa...

DOLORES. Gracias; vengo
á pedir á usted noticias
de un su amigo... un caballero
que no sabía estuviera
en Madrid.

MARQUÉS. Bien.

DOLORES. Tengo en ello
gran interes.

MARQUÉS. ¿Y se llama
el tal?...

DOLORES. Si mal no recuerdo,
el conde de Vallefrio.

MARQUÉS. ¡Ah! Sí.

DOLORES. Hace mucho tiempo
le conocí, más su título
no le conocia. ¿Es nuevo?

MARQUÉS. No señora.

DOLORES. (¡Miserable!)
¿Ha estado en el extranjero?

MARQUÉS. Sí, más de veinte y tres años.
Hace poquísimo tiempo
que regresó.

DOLORES. Yo ignoraba,
señor marqués, su regreso;
pero no es extraño: vivo...
tan retirada...

MARQUÉS. (¡No entiendo!...)

DOLORES. ¿Y dónde vive?

MARQUÉS. En la fonda
de la Paz.

DOLORES. ¡Cuánto molesto!

MARQUÉS. ¡Señora! ..

DOLORES. Mas ya concluyo,
y aquí es en donde ruego
mayor paciencia. Me ha dicho
la duquesa, que dispuesto
está el enlace del conde
con la hija de usted.

MARQUÉS. Es cierto.

DOLORES. Marqués, usted es un hombre
citado como modelo
de honradez caballeresca,
y por eso mismo quiero,
y mi conciencia lo exige,
dar á usted un buen consejo.
No apresure usted la boda;
aguarde usted algun tiempo,
que acaso exista en el mundo
una mujer con derecho
para impedirla.

MARQUÉS. ¡Señora!
¿qué es lo que está usted diciendo!

DOLORES. Que pudiera no ser libre
el conde con ser soltero.

MARQUÉS. Pues que la duquesa calla
el nombre de usted, espero
que usted me diga...

DOLORES. Muy pronto:
hoy, marqués, es un secreto
que guardará la duquesa

y guardo yo.

MARQUÉS. (¡No comprendo!...)

DOLORES. Espéreme usted con calma;
espere... y yo le prometo...

ESCENA II.

DICHOS: ANA *por el primer término derecha.*

ANA. Papá... ¡Perdon!... ¡No sabía!...

DOLORES. Señor marqués, hasta luégo...
Señorita ..

MARQUÉS. ¡Mas!...

DOLORES. No olvide
mi advertencia y mi consejo.

ESCENA III.

ANA, EL MARQUÉS.

ANA. ¿Qué te sucede?

MARQUÉS. ¿A mí? Nada.

ANA. ¡Como tienes ese aspecto!...
¿Estás malo?

MARQUÉS. ¡No, hija mia!

ANA. ¡Creí!... Todo está dispuesto
en el gabinete blanco:
paleta, pinceles, lienzo...

MARQUÉS. Muy bien. (¡Extraña visita!
¿Quién será?)

ANA. ¡Ay! ¡Cuánto tiempo
tarda el pintor!

MARQUÉS. Aún no han dado
las doce. ¿Con que tenemos
bastante prisa?... ¡Loquilla!

ANA. Sí.

MARQUÉS. Ya viene. (Mirando por el balcon.)

ANA. ¡Ah!

MARQUÉS. ¿Qué es eso?

ANA. No es nada: que me he pinchado.
MARQUÉS. Por aturdida... ¿Qué veo?
(Mirando por el balcon.)
¡Está hablando con Cifuentes
allá en la esquina!
ANA. ¿Qué es eso?
MARQUÉS. Nada, hija mia. (¡Es extraño!)
Vaya, me voy, porque tengo
que escribir: vuelvo al instante.
(Hablaré al conde... y sabremos...)
(Váse por el segundo término derecha.)

ESCENA IV.

ANA.

Ya viene: ¿por qué el temor
me está torturando el alma?
¿Por qué me falta la calma?
¿Por qué me falta el valor?
¿Por qué, si es verle mi afan,
si hablarle mi amor ansía,
el temor y la alegría
luchando en mi pecho están?
No nos amamos los dos...

ESCENA V.

ANA *y* FERNANDO *por el foro.*

FERNANDO. ¡Marquesa!...
ANA. ¡Ay Dios! ¿Quién es?
¡Ah!.. Ya..!
FERNANDO. Beso á usted los piés.
ANA. Adios, Cifuentes, adios.
FERNANDO. Perdone usted si he llegado
ántes de lo conveniente.
ANA. ¡Oh, no tal!
FERNANDO. Profundamente
siento el haberla asustado.
ANA. ¡Es que... como... no... sabía!...
(Revelándome su acento turbacion y alegría á la vez.)

Al pronto me sorprendió...

FERNANDO. ¡Vengo tan temprano!

ANA. ¡No!

FERNANDO. Aquí no son todavía
las doce. (Señalando á un reloj de sobremesa.)

ANA. No hay que fiarse...

FERNANDO. Mi reloj va adelantado...

ANA. Ese es el que va atrasado:
no sabe más que atrasarse.
¡Temprano! ¡qué desvarío!
si las doce han dado ya.

FERNANDO. (¡Dios mio, qué hermosa está!)

ANA. (¡Estoy temblando, Dios mio!)
(Pausa).
Papá se marchó á escribir
una carta hace un momento,
pero tome usted asiento,
que no tardará en salir.
(Se sientan: Pausa.)
Ya comienza á molestar
el calor.

FERNANDO. Sí, ciertamente.

ANA. Se va yendo mucha gente.
(Dando á la pregunta un interes que revela el temor de que se ausente.)

FERNANDO. ¿Ustedes piensan viajar?

ANA. Hasta que esté retratada,
no señor.

FERNANDO. Pero despues...
¡como eso es cosa de un mes!...

ANA. ¡Un mes!

FERNANDO. ¿Es mucho?

ANA. No es nada.
¡Un mes! Pues si yo creí...

FERNANDO. (Con pasion.) Por mi parte tardaria
mucho mas... (Dominándose.)
porque saldria
mejor el retrato.

ANA. ¿Sí?...
Pues es preciso tardar:
yo quiero que salga bien.

FERNANDO. ¡Ah! Marquesa: yo tambien.
¿Le piensa usted regalar?

ANA. (Revelándose en su acento y en su mirada el amor que siente.)

¿Regalarle?... No señor.
Esa pregunta me ofende.

FERNANDO. ¿Qué? (Con alegría.)

ANA. ¡Ah! (Confusa.)

FERNANDO. (Dominándose.) (El amor me vende.)

ANA. (Dominándose.)
(¡Me está vendiendo el amor!)
(Pausa.)
¿Se pinta mucho?

(Afectando un aire distraido y una tranquilidad que no siente.)

FERNANDO. No es cosa.

ANA. ¿Tiene usted poco que hacer?

FERNANDO. Sí.

ANA. Pues en su estudio, ayer
ví una coleccion preciosa...

(Despues de una breve pausa y dando mucha intencion á la frase.)

Y... á propósito...

FERNANDO. (¡Gran Dios!)

ANA. Aquel retrato... manchado,
¿quién de ustedes lo ha pintado?

FERNANDO. ¿Quién? (Profundamente turbado.)

ANA. Sí. ¿Quién es de los dos?

FERNANDO. ¡Señorita!... (Con tono suplicante.)

ANA. ¿Usted ha sido,
verdad?.. Me lo presumia...

FERNANDO. ¿Por qué?

(Con el mismo acento de confusion y temor.)

ANA. (Con naturalidad afectada.)
Por la valentía
y el tono del colorido.
Tienen un sello especial
todos los cuadros de usté!
hay en ellos no sé qué

de triste y original...
Yo los conozco entre ciento:
(Dominando la expresion que comienza á imprimir á sus palabras.)
Como tengo esta aficion...
¡Qué pícara distraccion!...
Perder así en un momento
un retrato que valia...

FERNANDO. ¿Usted le vió?... (Con temor.)
ANA. (Con gran intencion.) Claro está.
FERNANDO. ¡Oh! ¡Marquesa!...
(Con tono de súplica.)
ANA. (Acentuando mucho sus palabras.)
Más allá
no va la fotografía...
FERNANDO. ¡Oh!
ANA. ¡Es lástima!
FERNANDO. (Cada vez más confuso.) Sí es...
ANA. ¿Era algun encargo?
FERNANDO. (Con energía.) No.
ANA. (Con marcadísima intencion y mirándole muy fijamente.)
ANA. Vamos, usted le pintó
para venderle despues.
FERNANDO. ¡¡¡Venderle!!! ¡¡¡Jamás!!!
ANA. ¡No entiendo!...
Si no para ser vendido...
FERNANDO. (Dejándose arrebatar por su amor.)
Marquesa, ¿usted ha creido...
esos cuadros no los vendo.
(Con creciente energía.)
Ellos, señorita, son,
mis sueños, mis ilusiones,
las santas inspiraciones
del alma y el corazon.
Ellos calman mi tormento,
y al brotar de mi pincel,
¡son! ¡ay! el retrato fiel
de mi propio pensamiento.
Ellos me prestan valor
si mis fuerzas desfallecen,

y coloran y embellecen
los delirios del pintor.
Cuando en mi amargo penar,
ébrio, delirante, ciego,
maldigo la vida, y llego
hasta de Dios á dudar,
ellos me prestan sosten,
disipan la horrible duda,
y en esa batalla ruda
sacan triunfador al bien.
Ellos mis ángeles son,
ellos, la ilusion querida,
el encanto de mi vida.

ANA. (Que le ha escuchado con profunda alegría.)
¡Ah! ¿Sí?

FERNANDO. (Dominándose.) ¡Marquesa! ¡perdon!...

ANA. (Con cariño, sencillez y dulzura.)
¡Perdon! ¡Me gusta! ¿Por qué?
El perdon sólo lo implora
quien falta ó peca, y ahora...
francamente.., ¡yo no sé!...

FERNANDO. ¿Usted no se muestra airada
conmigo?

ANA. ¿Yo airada? ¡no!...
¿usted, en qué me ofendió
para que yo esté enfadada?

FERNANDO. Aquella pobre pintura...
la prestó vida y color
un amor, un santo amor
que está rayando en locura;
un ardiente frenesí,
una pasion infinita
que no puedo, señorita,
ocultar más tiempo aquí.
(Abandonándose á sus sentimientos.)

ANA. ¿Y por qué se ha de ocultar?
Dicen que amar enaltece,
y que el amor aparece
sin que se pueda evitar.

FERNANDO. ¡Enaltece!... ¡Dios eterno!
¡Mi cariño enaltecer!

ANA. (Con suprema dulzura.)
¿Por qué no?

FERNANDO. ¡Vuelve á caer
(Con desesperacion y amargura.)
condenado en el infierno!

ANA. ¿Pero qué es eso?

FERNANDO. ¡Ay de mí!

ANA. ¡Esa agitacion creciente!...
¿Por qué baja usted la frente?
¿Por qué palidece así?
Está usted desencajado.

FERNANDO. Marquesa...

ANA. Yo tengo un nombre
(Con infinita dulzura.)
que no es feo...

FERNANDO. ¡Soy un hombre,
señora, muy desgraciado!

ANA. ¡Muy desgraciado! ¿por qué?
¿El querer... (Con voz baja y acento confuso.)
siendo querido,
es desgracia?

FERNANDO. Yo he nacido
para sufrir y...

ANA ¡No sé!...
¿Se quiere usted explicar?
¡Vaya un gusto de asustarme!...

FERNANDO. A mí nadie puede amarme...

ANA. ¡¡Cifuentes!!

FERNANDO. ¡Ni puedo amar!

ANA. ¡Hable usted, por compasion!
¿Qué sucede?

FERNANDO. ¡Que mi vida!...

MARQUÉS. (Dentro). Que la lleven en seguida.

ANA. ¡Ah! (Con aire contrariado).

FERNANDO. (Lamentando haber declarado su amor.)
¡Cobarde corazon!

ESCENA VI.

DICHOS: EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Me agrada la exactitud,
señor Cifuentes.
FERNANDO. ¡Marqués!...
MARQUÉS. En los artistas no es
muy vulgar esa virtud.
FERNANDO. Tiene usted mala opinion
de nosotros.
MARQUÉS. No la tengo,
y sobre todo convengo
en que existe la excepcion.
Usted nos viene á probar
que la tal regla no es fija,
y me alegro por mi hija
que empezaba á murmurar.
ANA. (¿Que amado no puede ser?)
MARQUÉS. Ya se quejaba hace rato...
Como es el primer retrato
que va á hacerse de mujer,
teme no llegue la hora.
FERNANDO. Antes hubiera venido,
pero...
MARQUÉS. Sí, (Con intencion.) le ha detenido
en la esquina una señora
que...
ANA. ¿Una señora? (Con acento celoso).
FERNANDO. Era
mi madre.
MARQUÉS. (¡Su madre!)
ANA. (Con alegría.) ¡Ah!
MARQUÉS. (¡Su madre!)
ANA. ¡Vamos, papá!
MARQUÉS. Yo... Cuando este señor quiera:
ya se halla todo dispuesto.
FERNANDO. Pues por mi parte, marqués...

MARQUÉS. (El, ó finge ó...) Vamos, pues.
ANA. (¡Yo no adivino!...)
MARQUÉS. (¡Qué es esto!)
(Se dirigen hácia la derecha y aparece el conde por el foro.)

ESCENA VII.

DICHOS: EL CONDE.

CONDE. Buenos dias.
FERNANDO. (¡Oh!)
ANA. (¡Este hombre!)
MARQUÉS. ¡Ola! ¡Conde!
CONDE. ¿Cómo va?
y usted... (A Ana.)
ANA. (Secamente pero con finura.)
Buena, muchas gracias...
CONDE. ¿Qué? (Con profunda ironía.)
¿ya vamos á empezar?
Pues nada, no detenerse,
por mí...
FERNANDO. (¡Oh!)
CONDE. Vamos allá.
MARQUÉS. Permita usted un momento.
CONDE. ¡Cómo!
MARQUÉS. Tenemos que hablar.
Vé tú, que en seguida vamos
nosotros... (Llama y sale un criado.)
Díle á madame
que acompañe á la marquesa.
ANA. (¡Qué tiene que hablar, que papá...)
(Vase, primer término derecha.)
MARQUÉS. Pase usted. (A Fernando.)
FERNANDO. Con su permiso. (Vase.)
MARQUÉS. (Al Conde.) ¡Hoy es dichosa! ¡La edad!..

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, EL CONDE.

CONDE. ¡Claro...! (Con ironía).
MARQUÉS. ¿Habrá usted recibido
mi carta?
CONDE. ¿Quién? ¡Yo... no tal!
¿Me ha escrito usted?
MARQUÉS. Hace poco,
y á la fonda de la Paz
fué un criado...
CONDE. Pues entónces
mal he podido... ¡Me dan
los amigos unos dias!
No me dejan descansar.
¡Esta mañana á las ocho,
con muy mala voluntad,
me levanté... porque ocurre
un cáso tan singular!
¡Al pobre duque de Ornedo,
sin decirle ni agua va,
se le ha entrado por las puertas
todo un hijo natural!
MARQUÉS. ¡Al duque!
CONDE. Ni más ni ménos:
á sus años, ¡já! ¡já! ¡já!
y ya ve usted, como el pobre
es tan apocado y tan...
al ver una carta, hecha
con bastante habilidad
por una, que segun dice,
se la escribe al espirar,
con la sencillez de un niño
ha abrazado á ese truan
y, dice que es hijo suyo
con toda formalidad.
Yo he sabido la ocurrencia
por su sobrino Tomás.
El pobre está apuradillo;

es claro ¡como que va
jugando toda su suerte!
El duque no tiene más
parientes, y sus millones
son cosa muy regular.

MARQUÉS. Con todo: si el duque tiene
completa seguridad...
Él es hombre de juicio;
es honrado...

CONDE. Pero está
ya tan viejo...

MARQUÉS. ¡No es tan viejo,
conde, si tiene mi edad!

CONDE. ¡De modo que usted aprueba!...

MARQUÉS. ¡Claro! ¿No lo he de aprobar?...

CONDE. Es que así sientan ustedes
un precedente fatal.
Usted dirá lo que quiera,
pero yo voy á evitar
que ese duque del demonio
cometa una necedad;
así vengo á ver si quiere
usted darme de almorzar,
y me despido; me marcho
á las cuatro con Tomás
á la posesion del duque,
pero volveré de allá
para mañana á la noche;
porque no quiero faltar
al baile de la del Cerro
á quien me presentarán,
y á quien hoy han de anunciarme.

MARQUÉS. Bueno. Dejemos en paz
al pobre duque, y hablemos
de otra cosa.

CONDE. Usted dirá.

MARQUÉS. He tenido una visita
hace poco, singular,
Me parece que usted tiene
alguien que le quiere mal.

CONDE. Eso nos sucede á todos,

pero no puedo alcanzar
lo que tenga que ver eso...

MARQUÉS. ¿Con la visita?

CONDE. Cabal.

MARQUÉS. Tiene mucho.

CONDE. ¡Amigo mio,
si usted no se explica más!...
¡Usted! ¡Un hombre tan franco!...

MARQUÉS. Pues bien, conde, la verdad,
la diré, que ciertos medios
no me han gustado jamás.
Me aconsejan que no case
con usted á mi hija.

CONDE. (Con extrañeza y mal disimulado temor).
¡Ah!
¿Y en qué se fundan? ¿Qué dicen?

MARQUÉS. ¡Dicen!...

CONDE. ¡Qué titubear!...

MARQUÉS. Afirman que usted no es libre
para casarse.

CONDE. ¡Já! ¡já! ¡já!

MARQUÉS. ¿Se rie usted?

CONDE. Sí, me rio,
áun cuando á decir verdad,
no ha sido la tal visita
la que me ha ofendido más.

MARQUÉS. Yo no he dicho que lo crea,
pero...

CONDE. No debió escuchar...

MARQUÉS. Respetos á la persona
que...

CONDE. (Con acento seco y breve).
Bueno. Sepamos ya
su nombre, su...

MARQUÉS. No lo ha dicho,
pero la casualidad
ha hecho que yo descubra...

CONDE. Bien, ¿quiere usted acabar?...
(Impaciente.)

MARQUÉS. Es la madre de Cifuentes...

CONDE. ¿Cifuentes? (Como queriendo recordar.)

MARQUÉS. El pintor.

CONDE. (Con ironía.) ¡Ah!
Es poco ingenioso el medio.

MARQUÉS. ¿Qué?

CONDE. Ya es necesario hablar.
Nosotros, teniendo en cuenta
nuestra opinion nada más,
hemos tratado una boda
creyendo que libre está
el corazon de su hija.

MARQUÉS. ¡Eso es verdad!

CONDE. No es verdad.
Pregúntele usted á ella,
y...

MARQUÉS. ¿Le ha dicho á usted quizás!...
¡usted se lo ha preguntado!

CONDE. Yo no puedo preguntar
ciertas cosas, sin que quede
ajada mi dignidad.
Sobre todo, muchas veces
dicen y confiesan más
un rubor y una palabra...
Tengo la seguridad
de que ama, y no es á mí.

MARQUÉS. ¿Pues á quién es? ¿Dónde está
ese hombre?

CONDE. En esta casa.

MARQUÉS. ¡Qué!

CONDE. Dedicado á pintar.

MARQUÉS. ¡Cómo! ¿Cifuentes!!!

CONDE. El mismo.

MARQUÉS. ¡Ocurrencia original!...
¡Conde, usted se ha vuelto loco!

CONDE. Un momento á mi pesar
lo estuve, y

MARQUÉS. ¿Usted afirma!...
¿Habla usted con seriedad!...

CONDE. Sí.

MARQUÉS. ¿Por qué ocultarme!...

CONDE. Quise
mi ligereza enmendar,

y hacerle á usted ver las cosas
con una evidencia tal,
que no pudiese usted nunca
de mi afirmacion dudar;
pero toda vez que el mozo
con tan poca habilidad
apela á ciertos recursos,
anhelante de atrapar
un título y una dote,
y hace á su digna mamá
que le ayude de esa suerte;
es inútil esperar
más tiempo. ¡Mi enhorabuena!...

MARQUÉS. ¡Oh! ¡Conde, bajeza tal
no comete una hija mia!

CONDE. En estos tiempos se van
reformando las ideas.

MARQUÉS. Esto es demasiado ya:
(Llama y aparece un criado.)
que venga la señorita.
Sírvase usted esperar
en mi despacho un momento.

CONDE. Mil gracias: puesto que está
la casa de Tomás cerca,
voy un instante á ultimar
ciertas cosas de la marcha.
Entretanto usted verá
que todo lo que le he dicho
es la pura realidad.

MARQUÉS. Pero...

Volveré muy pronto,
que no me pienso escapar.
(Vase por el foro.)

ESCENA IX.

ANA *y* EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Ven acá. (Con acento irritado.)

ANA. ¿Qué tienes, dí?

MARQUÉS. ¿Por qué así bajas la frente?

¿por qué tiemblas?

ANA. ¡Dios clemente!...
¿Por qué me miras así?
¿En qué te pude ofender?
Habla, papá, te lo ruego.

MARQUÉS. (Pero habré yo estado ciego.
¡Señor! Si no puede ser.)

ANA. Vamos, habla.

MARQUÉS. Hace un instante
al ver al conde venir,
me pareció percibir
el disgusto en tu semblante;
disgusto que á la verdad
no es éste, no, el primer dia
que le observo, y desearia
que hablases con claridad.

ANA. ¡Papá!.. (Con temor.)

MARQUÉS. Sabes que te quiero
con un cariño profundo,
y que para mí en el mundo
tu ventura es lo primero.
Si te disgusta esa union,
si ese proyectado enlace
á tí no te satisface,
habla. Si en tu corazon
late otro amor, ¿por qué á mí
me lo quieres ocultar?
¿Acaso puedes amar
á un hombre, indigno de tí?
¿Acaso has dado al olvido
lo que á tu clase la debes?

ANA. ¡Papá...!

MARQUÉS. ¿Por qué no te atreves
á hablar... cuando yo lo pido?

ANA. Al conde nunca he amado.

MARQUÉS. Pero ¡amas á otro hombre!

ANA. Sí.

MARQUÉS. Pues sepamos su nombre.

ANA. Pues no me mires airado.
¡Me das miedo!

MARQUÉS. (Reprimiéndose.) Por favor,

habla.

ANA. Pues bien; papá mio,
el dueño de mi albedrío
es Cifuentes.

MARQUÉS. ¡El pintor!
¿Con que es verdad, cielo santo!
¡y yo lo dudé un momento...!

ANA. Si tiene tanto talento,
y además, me quiere tanto...

MARQUÉS. ¡Te quiere! torpe ilusion.

ANA. ¡Cómo!

MARQUÉS. Sí; lo que ambiciona
es tu caudal, tu corona,
tu nombre, tu posicion...

ANA. (Interrumpiéndole.)
Eso sí que no es verdad.
El sólo me quiere á mí.
(El marqués sonrie con amargura.)
¿Por qué sonries así?
¡Tan horrenda es mi fealdad...!
Vaya, papá, buena es esa,
¡qué manera de humillarme!
¿A mí nadie puede amarme
mas que por rica y marquesa?

MARQUÉS. Él no te ama.

ANA. ¿Por qué?
¿Tú me lo puedes probar?

MARQUÉS. Sí.

ANA. Habla... ¿quieres hablar?

MARQUÉS. Pues te empeñas, hablaré.

ANA. ¡Oh! sí que me empeño; sí.

MARQUÉS. Hace á lo más una hora,
vino á verme una señora...
la que has encontrado aquí.
Y ¿sabes quién era?

ANA. No;
¿pero qué tiene que ver?...

MARQUÉS. Pronto vas á comprender...
Esa señora ocultó
su nombre, y me vino á hablar
del conde, á quien ha insultado.

ANA. ¿Ella?
MARQUÉS. Sí, y ha calumniado.
ANA. ¡Pues no puedo adivinar!
MARQUÉS. Es la madre del pintor.
ANA. ¡Ah! (Con cierta extrañeza.)
MARQUÉS. ¿Comprendes, hija mia?
ANA. ¡Yo no!
MARQUÉS. Tienes todavía
poco mundo...
ANA. (Comprendiendo.) ¡Por favor!
¿has sospechado tal vez
que ella ha venido á evitar
mi enlace por ayudar...?
Vamos, esa avilantez
es imposible; de fijo.
MARQUÉS. Ana...
ANA. ¡Ni por un momento
cabe tan vil pensamiento
en la madre de tal hijo!
MARQUÉS. Pero...
ANA. Argüirás en vano,
papá, no tienes razon;
sospechas del conde son...
¡Medio tan necio y villano!...
Que era la madre, ¿por quién
lo sabes?
MARQUÉS. Hace un instante
lo ha dicho el hijo, delante
de tí misma.
ANA. Bien; muy bien.
Eso probándote está
que ellos no...
MARQUÉS. ¡Ya es demasiado!
Engañado, ó no engañado...
ANA. ¡Pero...!
MARQUÉS. Basta, basta ya.
Yo no puedo consentir
pasion tan descabellada;
no voy, por una niñada,
á dar que hablar y reir.
¡Aun cuando estuviese loco!

¡Pues hombre, vaya una boda!
Si el conde no te acomoda,
á mí ese quidam tampoco.

ANA. No me quieres... ¡Ay de mí!
¡cómo mi madre viviera...!
Tú vas á hacer que me muera
de dolor.

MARQUÉS. (Con cierta dureza.) Vete de aquí.

ESCENA X.

EL MARQUÉS *y* UN CRIADO, *despues* FERNANDO, *por el primer término derecha.*

MARQUÉS. (Despues de llamar y presentarse el criado.)
Dí al pintor, que la marquesa
se ha puesto mala de pronto
y que puede retirarse;
que ya irá mi mayordomo
mañana á verle. (Váse el criado.)
¡Es posible!
¡Si no vuelvo de mi asombro!

FERNANDO. ¿Está mala la marquesa?

MARQUÉS. Sí señor. (Secamente.)

FERNANDO. (No sé qué noto...)
¿Pero es cosa de cuidado?

MARQUÉS. Es poca cosa.

FERNANDO. ¡Ese tono!...
¿Volveré?
(Ana aparece en la segunda puerta de la derecha y al fin de la escena desaparece para salir por el primer término.)

MARQUÉS. No se retrata.
¿Qué le debo á usted?

FERNANDO. (Con dignidad.) Yo cobro
cuando trabajo.

MARQUÉS. Por eso,
áun cuando haya sido poco,
ha perdido usted el dia.

FERNANDO. No.

MARQUÉS. Basta de circunloquios.
tengo prisa, ¿qué le debo?

FERNANDO. ¡Nada!

MARQUÉS. Cobre usted.
(Mostrándole una cartera.)
FERNANDO. No cobro:
déselo usted á los pobres,
y queda arreglado todo.
MARQUÉS. Lo haré. Sírvase olvidarse
para siempre de nosotros,
y olvidarse de esta casa
en donde admito tan sólo
á los que son mis iguales.
En un pintor reconozco
méritos, pero no basta
para que se aspire á todo.
FERNANDO. ¡Señor marqués!
MARQUÉS. Señor mio...
¡Buenas tardes!
(Váse segundo término derecha.)
FERNANDO. ¡Qué sonrojo!

ESCENA XI.

FERNANDO, ANA, *primer término derecha.*

FERNANDO. ¿Habrá sido el conde? Sí.
Adios, ilusion hermosa;
Adios, Ana... sé dichosa
y nunca pienses en mí.
(Va á salir y aparece Ana agitada.)
ANA. Fernando, por compasion,
perdone usted, se lo ruego:
mi pobre padre está ciego
de enojo.
FERNANDO. ¡Tiene razon!
ANA. ¡Por Dios, no hable usted así!
si nos hacen cruda guerra,
¿qué importa? no hay en la tierra
quien le arroje á usted de aquí.
(Señalando á su corazon.)
FERNANDO. ¡Marquesa!
ANA. ¡Deje usted ya
ese título maldito!
FERNANDO. ¡El amarme es un delito!

ANA. ¡Fernando!
FERNANDO. ¡Un oprobio!
ANA. ¡Ah!
¡Oprobio! ¡delito!... ¡No!...
Vamos, usted desvaría.
FERNANDO. ¡No sabe usted todavía,
señorita, quién soy yo!
ANA. ¡Y qué me importa!
FERNANDO. ¡Es inmensa,
horrible mi desventura!
ANA. ¿Qué?
FERNANDO. ¡Con humana envoltura,
soy la maldicion que piensa;
soy el aborto del mal,
el réprobo miserable;
creacion abominable
de la injusticia social!
ANA. Serénese usted, por Dios.
¿No ve usted que me atormenta?
FERNANDO. (Cese esta lucha cruenta.)
¡Adios para siempre... adios!
ANA. ¡Cielos! ¡Para siempre!!
FERNANDO. ¡Sí!
ANA. ¡No, Fernando: yo lo imploro!
FERNANDO. ¡Ana! (Con acento apasionado.)
ANA. ¿No ve usted que lloro?
FERNANDO. (Dominándose.) Olvídese usted de mí.
ANA. ¡Olvidarle!... ¡Como él
no me ha querido jamás!...
FERNANDO. ¡Pero, Dios mio, esto más!...
¡Eres conmigo cruel!
ANA. ¿Por qué entregarse á la pena?
¿Por qué abatirse? ¡Valor!
¿No cuenta usted con mi amor?
FERNANDO. ¡Qué buena es usted! ¡qué buena!
ANA. Déjese al tiempo marchar,
y espere usted confiado.
FERNANDO. ¡Si no puedo ser amado
por usted!
ANA. ¡Vuelta á empezar!
¿Por qué?

FERNANDO. Porque yo he nacido
en la más villana esfera;
porque no tengo siquiera
el más humilde apellido!

ANA. (Con profunda desesperacion.)
¡Ah! ¡Desdichada de mí!..
¡Qué desgracia tan inmensa!

FERNANDO. Perdóneme usted la ofensa
que amándola la inferí.

MARQUÉS. (Dentro.) Ana...

ANA. ¡Dios mio! ¡papá!...
¡Adios!... ¡ay!...

FERNANDO. ¡Adios, señora!
¿Padre, si has muerto, y ahora
me estás viendo?
(Se dirige al foro y aparece el conde.)

ESCENA XII.

FERNANDO, EL CONDE.

CONDE. (Con profundisimo sarcasmo.) ¡Já! ¡Já! ¡Já!

FERNANDO. ¡Conde!

CONDE. ¡Apellido inclemente!
¡Matar así tan hermosas
ilusiones! ¡Ciertas cosas
se encuentran difícilmente!

FERNANDO. ¡Basta!

CONDE. Pero á discurrir,
y quién sabe... siendo ducho...
acaso... Yo siento mucho
no poderle á usted servir...

FERNANDO. ¡Su apellido! ¿Qué merced
me iba á otorgar y qué honra?
¡Si vale más mi deshonra
que los blasones de usted!

CONDE. Muchas gracias.
(Con el mismo sarcasmo y la misma frialdad
que no perderá en todo el acto.)

FERNANDO. Sí señor.
¡Esa punzante ironía
acusa poca hidalguía

y acusa poco valor!
¡Burlarse del desgraciado,
insultar al inocente...
eso, conde, solamente
lo sabe hacer un malvado;
y con eso basta ya
para conocer á un hombre!
Ni se ofenda, ni se asombre.
¡Usted revelando está
que pertenece á esos séres,
sin creencias, sin temor,
que son ladrones de honor
y verdugos de mujeres;
esos que no piensan más
que en la crápula, en la orgía,
y ni un grito de agonía
les hace volver atras;
esos, que viendo alcanzada
la victoria que desean,
olvidan y pisotean
á la mujer ultrajada;
que satisfecha la sed
no piensan en nada... no:
¡Y los hijos como yo
tienen padres, como usted!

CONDE. Amiguito, no está mal
la pintura, lo confieso:
aparte de cierto exceso
de pasion, muy natural...!

FERNANDO. ¡Vil...!

CONDE. ¡No grite demasiado,
que aunque no me ha de ofender,
puedo pedir y obtener
que le castigue un criado!

FERNANDO. ¡A mí, conde...! vive Dios,
castígueme usted si puede.
(Va á arrojarse sobre él.)

ESCENA XIII.

DICHOS, EL MARQUÉS, ANA *y* UN CRIADO.

MARQUÉS. ¿Qué pasa aquí?

ANA. ¿Qué sucede?

FERNANDO. Ya nos veremos los dos. (Al conde.)

MARQUÉS. ¿Usted aquí todavía?
Esto ya de raya pasa.
Márchese usted de mi casa.

FERNANDO. (Al oir esta frase va á lanzarse sobre el marqués, pero conteniéndose exclama con amargura.)
Está bien.

ANA. ¡Vírgen María!
¡Papá!

MARQUÉS. ¡No hagas que estalle!

FERNANDO. (Al conde.)
Le juro á usted por mi nombre...

CONDE. ¿Por cuál? (Con terrible sarcasmo.)

MARQUÉS. (Aparece un criado en el foro.)
Poned á ese hombre
á la puerta de la calle.

FERNANDO. ¡Marqués!... (Con ira.)

ANA. (Interponiéndose entre su padre y Fernando.
¡Cielos!

FERNANDO. (Conteniéndose.) ¡Me voy... sí!
¡Perdone usted...! (A Ana.)

ANA. ¡Qué tormento!

FERNANDO. ¡Dios mio! ¿no estás contento? (Váse.)

ANA. ¡Desventurada de mí!
(Se deja caer llorando en una butaca.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de baile en casa de la duquesa del Cerro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE *y* EL VIZCONDE.

DUQUE. ¡Chico, á mí me ha sorpendido!
VIZCONDE. ¡Si nadie lo sospechaba!
DUQUE. Y siento lo que ha pasado.
VIZCONDE. Yo tambien, porque se trata
de un muchacho á quien aprecio:
pero Vivar... no me extraña
su conducta.
DUQUE. A mí tampoco.
¡Es una horrible desgracia
vivir sin clase, sin nombre!...
¡Pobre Cifuentes!
VIZCONDE. ¡Es lástima!
DUQUE. A mí lo que más me apena
y más aflige, es que Ana
se case con ese conde.
VIZCONDE. Es una cosa insensata,
DUQUE. ¡Una muchacha tan rica,
y tan discreta y tan guapa,
ir á unirse con un hombre!...
VIZCONDE. Es una boda de tantas...
Él y el Marques son amigos
desde la más tierna infancia,

y como los de Vivar
pasan muchas temporadas
en París, en donde vive
el conde, quedó arreglada
la tal union...

DUQUE. Pero ella
tal vez entónces amaba
á Cifuentes.

VIZCONDE. Es posible.
Pero chico, ¡qué caramba!
¿Cómo decir á su padre?...
Es verdad que la idolatra,
pero hay cosas!...

DUQUE. ¡Ya lo creo!
A mí el conde no me agrada;
verdad que yo no le trato:
hoy le presentan en casa...

VIZCONDE. ¿Ha venido de la quinta...?

DUQUE. No sé, pero le aguardaba...
Tambien su conducta en eso...

VIZCONDE. ¡Quiere á Tomás!...

DUQUE. ¡Buena alhaja!
¡Dignos el uno del otro!

VIZCONDE. (Viendo al marqués y á Ana.)
¡Chist!

DUQUE. ¡Qué afligida y qué pálida!

ESCENA II.

DICHOS, ANA, EL MARQUÉS, *por el foro.*

VIZCONDE. ¡Marquesa! ¡Marqués!

MARQUÉS. ¡Señores!...
¿qué hacemos aquí? ¿Se charla?
¿Y el baile?

VIZCONDE. Vamos al punto.

DUQUE. Usted, marquesa, ¿no baila?

ANA. Todavía no: me siento
algun tanto molestada.
(Se oye á lo léjos el preludio de un rigodon.)

VIZCONDE. El rigodon: yo me voy,
que mi pareja me aguarda.

DUQUE. Tambien me aguarda la mia.
MARQUÉS. ¡Ah! Pues señores, en marcha:
hay que aprovechar el tiempo
ántes que lleguen las canas.
DUQUE. ¿Quisiera usted concederme
el otro rigodon?
MARQUÉS. Vaya
¿por qué no?
ANA. Con muho gusto.
DUQUE. Si está usted más aliviada...
MARQUÉS. Sí.
DUQUE. Hasta luégo.
MARQUÉS. Señores...
VIZCONDE. Se conoce que le ama. (Al Duque.)

ESCENA III.

ANA, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. ¡Todos se fijan en tí,
y para estar como estás,
hubiera valido más
que no vinieses aquí!
Ten más prudencia, hija mia,
y comprende que con esto...
ANA. Perdona si te molesto:
hoy es el último dia...
MARQUÉS. ¡Cómo!
ANA. ¡El último!
MARQUÉS. ¿Ya empiezas?
¿Qué es lo que quieres decir?
ANA. Que no volveré á salir.
MARQUÉS. ¡Ana, basta de simplezas!
ANA. ¡Simplezas!...
MARQUÉS. ¡Tu posicion
y su posicion comprende!
ANA. ¿Ignoras tú que no entiende
de clases el corazon?
MARQUÉS. Mira, dejemos de hablar
de estas cosas, y evitemos

que se fijen.

ANA. Callaremos:
¡mas no me cura el callar!

MARQUÉS. Pero mujer, ¿es posible
que despues de haber sabido?...

ANA. Papá, si yo nada pido;
si sé que nada es posible.

MARQUÉS. Entónces ¿á qué pensar
en ese amor que te ultraja,
que te humilla y te rebaja?

ANA. ¿Por qué me ha de rebajar?
¿qué culpa puede tener?...

MARQUÉS. Eso ya está discutido.

ANA. Si despues de haberme oido
sientes lo que hiciste ayer;
si puestos en parangon
el pobre pintor y el conde,
ya, papá, no se te esconde
cual es más gran corazon.
De una manera afrentosa
se ha visto por tí arrojado
de la casa... y resignado...

MARQUÉS. Mira, hablemos de otra cosa.
Si tú misma has comprendido
lo imposible de ese amor,
¿no fuera mucho mejor
dar lo pasado al olvido?

ANA. Nunca.

MARQUÉS. Yo transigiria
por tu bien, áun cuando fuera
no un buen pintor... un cualquiera,
¡mas un!... ¡comprende, hija mia!...
Él no es culpable; es verdad,
pero me juzgo impotente
para luchar frente á frente
con la buena sociedad.
¡Oh! ¡si á lo ménos hubiese
una esperanza siquiera!...

ANA. ¡Ah!

MARQUÉS. Si su padre viviera
y al fin le reconociese,

yo, que te he visto llorar
con tan intensa amargura...
pero esto es una locura
en la que no hay que pensar.

ANA. ¡Todo para mí acabó:
esperanzas, ilusiones,
y placeres y afecciones!

MARQUÉS. ¿Qué? ¡Ya no soy nada yo!

ANA. ¡Es tan grande mi tormento,
sufro tanto, padre mio,
que sólo anhelo y ansío,
la soledad de un convento!

MARQUÉS. ¡Ana! ¿Tú me dejarás
en aislamiento profundo?
¡Tú, mi esperanza en el mundo!
¿Mi apoyo? ¿Mi bien?... ¡Jamás!

ANA. ¡Si yo no puedo vivir
sin su amor!

MARQUÉS. ¡Hija del alma!
Es preciso tener calma:
¡nacemos para sufrir!
Bah, niña, juicio ten:
no te entregues al dolor,
ese es tu primer amor...

ANA. ¡Ay! El último tambien.
¡Es tan bueno, tan honrado!...

MARQUÉS. Sí, mujer, tienes razon,
y yo deploro mi accion
de ayer.

ANA. ¡Es tan desgraciado!

MARQUÉS. Es preciso dominar
ese amor.

ANA. ¡Papá... no puedo!

MARQUÉS. ¡Intentas meterme miedo!

ANA. ¡Ay! ¡No le podré olvidar!

MARQUÉS. Vaya, hablemos de otra cosa,
y piensa en que yo te quiero
con delirio, y lo primero
para mí, es verte dichosa.

ANA. ¡Qué bueno eres, papá!

MARQUÉS. Venme con mimos ahora:

¡mire usted la aduladora!
Pero calla, que aquí está
el duque.

ESCENA IV.

DICHOS, EL DUQUE.

DUQUE. Llegó el momento:
y si ya está usted mejor...
(Se oye de nuevo el preludio de un rigodon.)
MARQUÉS. Pues no ha de estar... sí señor.
(¡Pobre niña!)
ANA. ¡Qué tormento!...
MARQUÉS. Vaya, á cumplir lo ofrecido...
DUQUE. (Quién se pudo imaginar...)
MARQUÉS. Nada, á bailar, á bailar,
que para eso has venido.
ANA. Vamos, ¿me esperas aquí?
MARQUÉS. Bien; como te plazca: espero.
DUQUE. Si he de molestar, no quiero.
ANA. ¿Por qué lo cree usted así?
MARQUÉS. Vaya, perdiéndose está
la música y...
DUQUE. Marqués,
hasta luégo.
MARQUÉS. Hasta despues.
ANA. (Y Fernando no vendrá.)
(Vánse foro izquierda.)

ESCENA V.

MARQUÉS.

¡Pobre niña, cuánto sufre!
¿Si lo que sospecho fuese
verdad? ¿Si el de Vallefrio?...
No puedo hacer que se aleje,
que me abandone una idea
que anoche brotó en mi mente
y que me ha robado el sueño.

Sólo de este modo tiene
una explicacion sensata
todo lo que aquí sucede;
y la conducta del conde
en lo de Ornedo, le ofrece
muy ancha base á mis dudas.
Veremos á ver si puede
la duquesa... tal vez sabe...
¿Pero si en todo no hubiese
más que sospechas?... Permito
esa union... No... Mas... Cifuentes.
(Viendo á Fernando, que seguido de Juan, aparece por el foro derecha.)
¡Demonio!... No me esperaba
hallarle aquí. No conviene
que se hablen... evitemos
el murmurar de las gentes.
(Váse foro izquierda.)

ESCENA VI.

FERNANDO *y* JUAN.

FERNANDO. ¡Ya lo ves: huyen de mí!
JUAN. ¡El marqués!
FERNANDO. Por donde paso
siembro la deshonra: ¡acaso
me arrojen tambien de aquí!
JUAN. ¡Qué insensata obstinacion
la tuya! ¿Por qué has venido?
FERNANDO. Juan, porque aquí me han traido
mi venganza y mi pasion.
JUAN. ¡Tu venganza!... Considera
que...
FERNANDO. Basta: todo es en vano.
Obligaré á ese villano
á que me mate, ó que muera.
JUAN. ¡Si no se quiere batir!
¡Si ha rechazado tu reto!...
FERNANDO. ¿Qué importa? Yo te prometo
que le obligaré á reñir.

Puesto que la humanidad
es injusta y es cruel,
deja que me vengue en él
de toda la sociedad.
Ya estoy harto de sufrir,
Juan, muy harto, no te asombre,
y pues no hace falta nombre
para matar ó morir,
nada te debe extrañar
mi conducta: ¡me aprovecho
de este salvaje derecho
que no me pueden quitar!
¡Por una equivocacion,
ó lamentable descuido,
siendo quien soy he nacido
con alma y con corazon;
y me ha dado por amar
todo lo hermoso y lo bueno!

JUAN. ¡Basta!

FERNANDO. ¡En un monton de cieno
puede una rosa brotar!

JUAN. ¿Quieres callar?

FERNANDO. En rigor
(esto lo sabe cualquiera),
el deshonor no debiera
amar más que al deshonor.
¿No es esto evidente, Juan?
La lógica lo aconseja:
cada cual con su pareja,
como dice aquel refran.
El vicio ultrajó á mi madre;
yo por el vicio he nacido,
y siempre le he aborrecido
¡sin pensar en que es mi padre!
Procedo mal, ya lo sé:
siendo buen hijo, debia
amarle, pero, á fe mia,
que ni puedo, ni podré.
Y hay otro absurdo mayor:
siendo un hombre deshonrado,
me lastiman demasiado

los ultrajes á mi honor!

JUAN. ¡Por Cristo! deja ese acento
que me está oprimiendo el alma:
ten resignacion; ten calma:
¿para que sirve el talento?

FERNANDO. La pregunta es oportuna:
¿para qué me ha de servir?...
claro está: ¡para medir
lo inmenso de mi fortuna!

JUAN. Vamos de aquí.

FERNANDO. No me voy.
Te dije á lo que he venido;
he tomado mi partido,
y á todo dispuesto estoy.

JUAN. ¿Y aquí te propones?...

FERNANDO. Sí.

JUAN. Pero chico, ten presente
que los duques...

FERNANDO. Solamente
puedo conseguirlo aquí.

JUAN. Sí, pero se ofenderán
al ver que das ese paso
en su casa, y... pues... acaso...

FERNANDO. (Con amargura.) ¿Á la calle me echarán?
¡Eso ya no me hace mella,
porque estoy acostumbrado:
despues de lo que ha pasado
ayer delante de ella!...

JUAN. Pero...

FERNANDO. No hay que discutir
lo que ya resuelto tengo.

JUAN. Medita, Fernando...

FERNANDO. Vengo,
Juan, á matar ó morir.

JUAN. ¿Y si no viene?

FERNANDO. ¡Vendrá;
en un baile tan notable!...
Y esta carta miserable... (La busca.)
pero cielos, ¿dónde está?
¿La tienes acaso?

JUAN. ¡No!...

¡Chico, á mí no me la has dado!

FERNANDO. ¡Dios mio! ¿La habré dejado
olvidada en casa? ¡oh!
¡mi madre!

JUAN. ¡Si llega á ver
la carta! ¡Vaya un olvido!

FERNANDO. Yo que ocultar he querido...

JUAN. Bueno ¿y qué vamos á hacer?
Es necesario evitarla
el disgusto, si aún es hora,
porque la pobre señora...
vamos, vamos á buscarla.
Algun conocido habrá
que quiera darnos su coche...
aún queda bastante noche,
y en volviendo, se verá...

FERNANDO. Bien: vé tú á buscarla.

JUAN. ¡Yo!

FERNANDO. Te lo ruego.

JUAN. No podré
encontrarla, ¿yo qué sé
en dónde se te quedó?
Vamos los dos y será
más fácil y más sencillo...

FERNANDO. Vé tu sólo: en el bolsillo
de mi levita estará.

JUAN. Hombre, yo dispuesto estoy,
pero lo más conveniente...

FERNANDO. Si no quieres ir, corriente,
no vayas, mas yo no voy.

JUAN. Pero...

FERNANDO. Ya tengo formada
mi resolucion: no cedo.

JUAN. ¡Advierte!...

FERNANDO. No retrocedo,
ni por nadie ni por nada.
Si tú lo quieres hacer,
bueno; si no... como quieras,
porque de todas maneras
mi madre lo ha de saber.

JUAN. ¿Con que tú no vienes?

FERNANDO. No.
JUAN. ¡Diablo! ¡Estás desconocido!...
¡Jamás hubiera creido!...
Pero en fin, bueno... iré yo.
(Solo nada he de evitar.
Ese hombre todavía
no ha venido, y aún podría...)
¿Me esperas?
FERNANDO. ¿No he de esperar?
(Váse Juan, foro derecha).

ESCENA VII.

FERNANDO.

Se oyen confusos ese alegre rumor de los bailes y le ecos de la orquesta.

¡Qué bullicio, qué alegría!
¡Cuánta luz, cuánta hermosura!
¡Con qué limpidez fulgura
la brillante pedrería!...
¡Entre aromas y armonía
y celestes resplandores,
el ángel de los amores,
en esas mágicas salas,
extiende sus níveas alas
sobre diamantes y flores!
¡Todo es esplendente allí
y todo á gozar convida!
¡Allí la luz y la vida!
¡La sombra y la muerte aquí!
¡Loco, insensato de mí!
¡Cuando en mi amoroso anhelo
intento elevar el vuelo
á ese mundo que me asombra,
soy el ángel de la sombra
en los umbrales del cielo!
¡Ana, radiante vision,
flor de purísima esencia,
que perfumó mi existencia

embriagando el corazon;
el fuego de esta pasion
que deslumbra, que fascina,
que alma y cerebro calcina,
es, por mi triste fortuna
rayo de plácida luna
que un hondo abismo ilumina!
Pero, ¿por qué blasfemar?
Si del infierno he surgido,
¿por qué mi orígen olvido
y á un ángel pretendo amar?
¿Por qué sueño con salvar,
yendo de su huella en pos,
la valla que entre los dos
el Eterno ha levantado?
¡Si por Dios le está vedado
á Luzbel amar á Dios!
¡Atrás, esperanza mia;
morid, locas ilusiones,
desapareced, visiones
de mi ardiente fantasía.
Amor, belleza, poesía
no festoneis mi camino:
¡dejad que este peregrino,
sin esperanzas, ni amor,
afronte sólo el rigor
de su implacable destino!
¡Busquemos á ese hombre!
(Va á salir y ve á Ana.) ¡Oh!

ESCENA VIII.

FERNANDO, ANA.

ANA. (¡No está!...) ¡Papá!...
(Viendo á Fernando.) ¡Ay!
FERNANDO. ¡Dios mio!
No puedo .. mas...
(Se dirige hácia el foro.)
ANA. ¡Qué desvío!
¿Huye usted de mí?

FERNANDO. ¡Quién! ¿yo?
(Despues de un momento de lucha.)
Sí señora.
ANA. Por piedad...
FERNANDO. No debe usted ni mirarme...
ANA. ¿Qué hice yo para tratarme
con tan injusta crueldad?
No tiene usted corazon.
FERNANDO. Si alguno me ve á su lado...
hablarla... ¿Usted ha olvidado
mi villana condicion?
ANA. ¿Y qué me puede importar
lo que murmure esa necia
sociedad?
FERNANDO. ¿No me desprecia
usted? (Con profunda alegría.)
ANA. ¿Lo pudo pensar?
¿y usted ha dado cabida
á tan bajo pensamiento?
FERNANDO. ¡Oh! por fin tengo un momento
feliz en toda mi vida.
ANA. Cese este duelo profundo;
acabe tanta amargura:
vale más nuestra ventura
que las miserias del mundo.
FERNANDO. ¡Cómo! (Adivinando.)
ANA. Sí. (Bajando los ojos.)
FERNANDO. Nunca podré...
ANA. Fernando, sí, yo lo quiero.
FERNANDO. ¡Nunca, marquesa: primero
la vida me arrancaré!
¡Unirse á mí, ser mi esposa,
venir conmigo al altar!...
¡No, yo no puedo manchar
una frente tan hermosa!
ANA. ¡Pero Dios mio!
FERNANDO. (Con una energía que revela lo terrible de lucha interior que sostiene.)
No, no...
Usted sus pesares venza,
y deje que mi vergüenza

muera, cuando muera yo.
Con mi oprobio y mi tormento
para una tierra lejana
saldré mañana.

ANA. Mañana
entraré yo en un convento.

FERNANDO. ¿Usted?

ANA. Sí.

FERNANDO. ¡No!

ANA. Sí lo haré.

FERNANDO. Cásese usted y...

ANA. ¡Casarme!...
¡Usted puede abandonarme,
pero no me insulte usted!
¡Usted no quiere aceptar
mi mano!...

FERNANDO. (Con amarga desesperacion.)
¡Si es que no puedo,
señorita!

ANA. (Sollozando.) Pues bien, cedo,
y se puede usted marchar...

FERNANDO. ¿Hay destino más cruel?
¿Suplicio más espantoso?

ANA. ¡Ay! el cielo es bondadoso
y muy pronto estaré en él.

FERNANDO. Al separarnos los dos,
Dios hará lo que le pide
mi alma: que usted me olvide.
Sí, marquesa; espero en Dios.

ANA. ¡Ay!

FERNANDO. Usted me olvidará;
yo para siempre me voy,
y lo que siente usted hoy
mañana lo aplaudirá;
agradeciendo que yo
haya evitado un enlace,
que si hoy la satisface,
mañana...

ESCENA IX.

DICHOS: EL CONDE, TOMÁS, EDUARDO *por el foro izquierda.*

CONDE. ¡Marquesa!
FERNANDO. ¡Ah!
ANA. (¡Este hombre aborrecido!)
CONDE. ¿Me quiere usted conceder
este wals?
ANA. No puede ser:
le tengo ya concedido,
señor conde.
CONDE. Bien está.
ANA. Vamos. (A Fernando.)
FERNANDO. Pronto nos veremos.
ANA. ¿Qué es eso?
FERNANDO. ¡Nada!
ANA. Marchemos.
(Vánse foro izquierdo cogidos del brazo.)
CONDE. ¡Esto es demasiado ya!

ESCENA X.

EL CONDE, TOMÁS, EDUARDO.

EDUARDO. ¡Es una cosa inaudita!
CONDE. ¡Al fin y al cabo tendré
que aplastar á ese mocito!
TOMÁS. ¿Te vas á batir con él?
La mejor de las venganzas
ya la realizaste ayer.
¡Le ha mandado sus padrinos!
EDUARDO. ¡Vaya una desfachatez!
TOMÁS. Bajábamos de la fonda
para marcharnos á ver
á mi tio, y les hallamos,
y el conde con un desden
superior á cuanto diga,
les oye, vuelve otra vez

á subir, y escribe al mozo
una carta.

(Aparece en el foro Fernando é inmediatamente despues el duque y el vizconde.)

EDUARDO. Bueno... ¿y qué
decia?

CONDE. Yo no recuerdo.

EDUARDO. ¿Tú tampoco?

TOMÁS. Yo podré
decir la sustancia.

EDUARDO. ¡Es lástima!

FRRNANDO. (Adelantando.)
No hay que afligirse... la sé
yo, si el conde la ha olvidado;
por lo tanto escuche usted.

ESCENA XI.

DICHOS, FERNANDO, DUQUE, VIZCONDE.

CONDE. ¡Oh!

TOMÁS. Ten calma. (Al conde.)

FERNANDO. Dice así,
la tal carta: "Señor mio,
sólo acepto un desafío
de un hombre digno de mí.
Yo no peco de exigente;
me basta con que el que venga
á provocarme á mí, tenga
un apellido decente.
Con esto le considero,
para los lances de honor,
tan noble como el mejor;
así, buen amigo, espero
que usted llene ese vacío
para hacerle la merced
de matarle: busque usted.
—El conde de Vallefrio."
¿No es esta la carta?

CONDE. Sí.

FERNANDO. Pues bien; para complemento

referiré en un momento
lo que ha sucedido aquí.
Empiezo por declarar
que en la deshonra he nacido,
y que el conde me ha pedido
lo que no puedo encontrar.
Hecha tal declaracion
como cumple á un hombre honrado...
¡Me parece que ha extrañado
un poco mi locucion!

DUQUE. (Con afecto.) ¡Cifuentes!

FERNANDO. Es natural.
Si yo mismo lo comprendo:
¡ser honrado, no teniendo
honra, se explica muy mal!
¡HONOR SIN HONRA! hé ahí
un absurdo harto evidente,
que está en el caso presente
personificado en mí.
Pero voy á la cuestion.
Indignamente insultado
he sido, y he reclamado
la justa reparacion.
¡El conde aprecia su honra
de un modo muy singular!
¡No le deshonra insultar
y batirse le deshonra!

CONDE. ¡Ya basta!

FERNANDO. Piensa que yo
debo sufrir y callarme:
¡Le sirvo para ultrajarme
y para matarme no!
Señores, este sistema
es cómodo, á no dudar.

CONDE. ¡Por Dios!...

FERNANDO. (Con una calma terrible.) Voy á terminar:
más flema, conde, más flema.
Verdad es que yo nací
en una esfera tan baja,
que cualquiera se rebaja
poniéndose frente á mí.

VIZCONDE. ¡Eso no!
FERNANDO. Sí tal, vizconde.
DUQUE. ¡Oh! ¡De ninguna manera!
FERNANDO. ¡Sí, señor duque; cualquiera, cualquiera... ménos el conde!
CONDE. ¡Oh!
TOMÁS. ¿Qué dice?
FERNANDO. La verdad.
TOMÁS. ¡Mal va esto! (Al vizconde.)
VIZCONDE. ¡Sí por Dios!
FERNANDO. ¡Hay entre nosotros dos
una completa igualdad!
Esto, que no se concibe,
y para mí es importante,
me lo ha dicho el elegante
papel en que usted escribe.
Sí: con suprema alegría
he visto grabado en él,
nobiliärio cuartel
con barra de bastardía.
CONDE. ¡Y usted se atreve...!
FERNANDO. ¡A pensar
que quien de bastardos viene,
señor conde, nunca tiene
razon para despreciar!
TOMÁS. ¡Mas los bastardos reales...!
FERNANDO. Al cabo bastardos son,
y si deshonra y baldon
halla el hijo en casos tales,
ser hijo de un menestral
ó serlo de un...Cárlos quinto;
¡el padre será distinto,
pero la deshonra igual!
CONDE. Calle usted, ó vive Dios...
FERNANDO. Me parece que podemos
batirnos, pues descendemos
de igual infamia los dos.
CONDE. Miserable... (Va arrojarse sobre él.)
DUQUE. (Sujetándole la mano.) ¡Señor conde!
FERNANDO. ¡Ah!
CONDE. Suelte usted esa mano,

que al insulto de un villano
con la mano se responde.

FERNANDO. Suéltela usted sin temor,
que al hacerlo nada arrostro,
pues para herirme en el rostro
le falta al conde valor.

CONDE. ¿Usted se empeña en morir?
pues bien, morirá.

FERNANDO. En buen hora.

CONDE. Vamos.

VIZCONDE. Señores, ahora...

CONDE. Es forzoso concluir.
El dia rayando está,
la gente se va marchando,
la alameda está esperando,
y usted (Al duque.) pistolas tendrá.

FERNANDO. ¡Gracias á Dios!

CONDE. ¡Ay de tí!
Dos de ustedes, por favor,
apadrinen al señor
siquiera en obsequio á mí.

FERNANDO. ¿Otro insulto?

VIZCONDE. Yo lo haré.

DUQUE. Yo tambien estoy dispuesto.

FERNANDO. Gracias.

TOMÁS. Pero...

CONDE. Vamos presto.

FERNANDO. ¡Sí, vamos!

CONDE. (A Tomás.) Le mataré.

ESCENA XII.

MARQUÉS, DOÑA DOLORES. *(Foro derecha.)*

MARQUÉS. Al fin les han visto juntos
y las hablillas comienzan:
vamos á pedir el coche,
y como mañana pueda...

DOLORES. ¡Ah, señor marqués!

MARQUÉS. ¡Señora!
¡Usted aquí!

DOLORES. Mi impaciencia
calme usted.
MARQUÉS. ¿Pero qué pasa?
DOLORES. Dígame usted si se encuentra
aquí Cifuentes... mi hijo.
Ya es inútil la reserva.
MARQUÉS. Pienso que sí, ¿mas qué ocurre?
¡Está usted pálida, inquieta!
DOLORES. Lléveme usted en su busca.
MARQUÉS. Señora... yo bien quisiera,
pero...
DOLORES. ¿Ha tenido algun lance?
MARQUÉS. ¿Algun lance?
DOLORES. Sí. ¿Se encuentra
aquí tambien Vallefrio?
Consiga usted que le vea;
desde ayer lo intento en vano.
MARQUÉS. Domine usted su impaciencia
y explique... (No, ya no hay duda.)

ESCENA XIII.

DICHOS *y* JUAN.

DOLORES. Díme, Juan, ¿en dónde dejas
á Fernando?... ¿No se han visto?
JUAN. ¡No lo creo!...
DOLORES. Tal respuesta...
¿de dónde vienes?
JUAN. De casa,
fuí...
DOLORES. Bueno... basta, y contesta
á mis preguntas.
MARQUÉS. (¿Qué es esto?)
DOLORES. ¿Antes de que tú te fueras
se vieron?
JUAN. No.
DOLORES. Pues busquemos,
busquemos, que si se llegan
á ver... ¡Dios mio!

ESCENA XIV.

DICHOS: ANA *precipitadamente por el foro.*

ANA. Papá...
MARQUÉS. ¿Qué te sucede? responde.
ANA. Allí.. Cifuentes y el conde...
MARQUÉS. ¡Acaba!
DOLORES. ¡Acabe usted!
ANA. ¡Ah!
Corramos por compasion,
que usted lo podrá impedir.
DOLORES. ¿Pero el qué?
ANA. Se va á batir.
JUAN. / MARQUÉS. ¡Ah!
DOLORES. Corramos.

(Salen todos, y al ir á salir Doña Dolores suena un tiro.)

(Retrocede.) ¡Maldicion!...

ESCENA XV.

DOLORES.

Un tiro, no puede ser...
Pero ¿por qué retrocedo?
¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!
¡Dios mio! ¡Qué voy á ver!...
¡Quién parricida será!...
¡Oh! ¡Qué duda tan horrible!...
¡Pero no... si no es posible,
no... vamos... vamos allá! *(a.)*

ESCENA XVI.

DOLORES, JUAN *precipitadamente por el foro.*

JUAN. Fué tarde.
DOLORES. Juan, habla, dí,
¿vive?
JUAN. Sí.

DOLORES. ¡Gracias, Dios mio!
¿Y el conde de Valle Frio?
JUAN. ¡Ha muerto!
DOLORES. ¿Que ha muerto?
JUAN. ¡Sí!
DOLORES. ¡Qué horror! ¡Dios mio! A su padre...
JUAN. ¿Su padre? ¿Será posible?
¡Qué castigo tan terrible!
FERNANDO. (Dentro). ¡Madre!
DOLORES. ¡Desgraciado!
FERNANDO. (Dentro). ¡Madre! ..
¿A donde estás?
DOLORES. ¡Dios eterno!
¡Oh! Que no sepa jamás... (A Juan).

(Aparece Fernando seguido de Ana, el marqués y algunos otros; Dolores sale á su encuentro y le abraza.)

DOLORES. ¡Hijo!
FERNANDO. ¡No! Yo no soy más
que un aborto del infierno.
¡Allí un muerto! ¡Aquí el terror!
¡El llanto siempre conmigo!
(Señalando á su madre).
¡Padre! ¡Ven á ser testigo,
á gozarte en mi dolor!
DOLORES. ¡Calla!
ANA. ¡Fernando!
FERNANDO. Por tí
vivo sin paz ni consuelo...
Por tí he matado... ¡Que el cielo
nos perdone á tí y á mí!... (1)

(Cae sollozando en los brazos de su madre, y todos le rodean con interes, marcándose éste principalmente por parte del marqués y de Ana.)

FIN DEL DRAMA.

---

(1) Razones especiales me decidieron á cambiar el final de esta obra, veinte y cuatro horas ántes de su primera representacion. Tal y como se puso en escena en Madrid está impresa; pero con el objeto de que aparez-

ca como la imaginé y escribí, coloco á continuacion el primitivo final, dejando á los primeros actores en completa libertad de escoger el que más les plazca; pues en mi pobre opinion, con cualquiera de ellos está desarrollado mi pensamiento. Los que opten por éste que al pié de la nota imprimo, pasarán desde el final de la escena 15, señalado con una (*a*), á la escena 16 (*bis*), siguiendo ya desde ésta hasta la segunda conclusion.

ESCENA XVI (*bis*).

DOÑA DOLORES, EL CONDE, EL DUQUE y EL MARQUÉS.

(Al ir á salir Doña Dolores aparece en el foro el conde apoyado en el marqués y el duque.)

DOLORES. ¡El conde!... ¡Cielos!... ¡Herido!...

MARQUÉS. ¡Ah! ¡Señora, casi muerto!

DOLORES. ¡Por su hijo!

DUQUE. ¡Oh!

MARQUÉS. ¡Era cierto!

(El conde, haciendo un esfuerzo supremo, se desprende de los brazos del marqués y el duque, y exclama mirando á todas partes.)

CONDE. ¡Qué dice!... ¡Quién ha podido!

(De pronto mira en Doña Dolores, la contempla fijamente; aparenta evocar sus recuerdos y da un grito.)

¡¡Ah!! ¡¡Dolores!! ¿Es él?... ¡Dí!

(Doña Dolores baja la cabeza.)

¡Oh qué terrible castigo!
Le perdono y le bendigo.

(Al marqués en tono de súplica.)

Sea usted su padre... ¡Ay de mí! (Cae.)

DOLORES. ¡Qué horror!

FERNANDO. (Dentro.) ¡Madre!

(Al oir la voz de Fernando el conde pretende incorporarse y hablar, pero cae muerto.)

DOLORES. ¡Dios eterno!

(Al duque y al marqués.)

¡Oh! ¡Que no sepa jamás!...

(Aparece Fernando en el foro seguido de Ana, Juan y algunos otros. Al ver el cadáver del conde retrocede.)

¡Hijo!

FERNANDO. No: yo no soy más
que un aborto del infierno:
allí un muerto; aquí el terror.
(Señalando á su madre.)
¡El llanto siempre conmigo!
¡Padre, ven á ser testigo,
á gozarte en mi dolor!

DOLORES. ¡Calla!

ANA. ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Por tí
vivo sin paz ni consuelo,
por tí he matado! ¡Que el cielo
nos perdone á tí y á mí!

(Cae sollozando en brazos de su madre y todos le rodean con interes, marcándose este principalmente por parte del marqués y de Ana.

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.